

Provincia de Buenos Aires
Ministerio de Educación



*Las colaboraciones serán especialmente solicitadas
Pueden reproducirse siempre que se indique su procedencia*

*La correspondencia debe dirigirse a:
Revista CULTURA, División Publicaciones,
Calle 56 número 970, La Plata, Argentina*

CULTURA



Año III

N.º 9

Ministerio de Educación de la Provincia de Buenos Aires

La Plata, 1951

Contiene:

Henri Daniel-Rops: ¿QUE ENSEÑA

LA HISTORIA?

Armando Cascella: HACIA UNA CULTURA SOCIAL

Horacio Schiavo: CATEDRALES DEL AGUA

Juan R. Sepich: NORMA Y ESTILO DE VIDA

Miguel Angel Torres Fernández: ROSALBA

Y LA NOCHE

Máximo Fresero: UN DIA EN EL TIEMPO

Emilio Rubio: DOS POEMAS

Avelino Herrero Mayor: CONOCIMIENTO ESTETICO

Y SOCIAL DE LA LENGUA

Enrique de Larrañaga: PINTURAS

GUION DE LECTURAS

Dibujos de Víctor L. Rebuffo (en la portada y en el interior), Rodolfo

Castagna, César López Claro y Enrique de Larrañaga (autorretrato)

Henri Daniel-Rops / ¿QUE
ENSEÑA LA HISTORIA?

LA célebre frase de Paul Valéry acusando a la historia de ser el más peligroso ingrediente de la química de la inteligencia, ¿tiene otro valor que la humorada de un gran espíritu que no desdeñaba poner la paradoja al servicio de sus ideas? Con ello, el poeta apuntaba lo que es un peligro, el peligro de un cierto *historicismo* sentimental que, poniendo en el alma de las multitudes recuerdos de pasadas glorias y de nostálgicas voluntades de poder, exaspera los nacionalismos, eterniza los conflictos entre *enemigos hereditarios* y transforma el legítimo orgullo de una tradición ancestral en un haz sin cesar creciente de recriminaciones y rencores. Sobre este punto, el autor de *Regards sur le monde actuel*¹ tiene sobrada razón.

1. *Miradas sobre el mundo actual.*

¿Pero es eso en verdad cuanto un espíritu curioso de extraer lecciones de la historia puede recibir de ella? Bien sé que —y esto es muy lamentable— los manuales donde los niños aprenden el pasado están casi todos escritos con tales perspectivas y que nada o casi nada está hecho ahí para darles el sentimiento de la solidaridad humana, de una fraternidad, de la condición mortal superior a todas las divisiones y oposiciones políticas. Sería sin embargo de singular utilidad hacerles medir a los vivientes del siglo XX su interdependencia rigurosa, y también hacerles comprender cómo sus inquietudes, sus tentativas, sus fiebres, son, a los ojos de Clío, cosas precarias, y cómo, más allá de las peores sacudidas, la humanidad continúa siempre su camino.

Una de las lecciones más seguras que pueda dar la historia cuando se la estudia con prescindencia de toda bantería, es que existen constantes humanas que, diferentes en sus detalles concretos, hacen que los grandes *momentos* del tiempo se cumplan de modo análogo. *Nada nuevo bajo el sol y la historia no se repite nunca*, son dos proverbios simultáneamente verdaderos. No es necesario pedirle al pasado que nos dé una guía minuciosamente exacta para conducirnos hacia el porvenir; pero se tiene derecho a considerar las grandes curvas, las direcciones generales, y

concluir de ellas que el camino de los hombres podrá replegarse de tal o cual manera. Así, por ejemplo, es sorprendente comprobar que, en ciertos momentos, se produce en las sociedades una suerte de ensanche fatal, que hace pasar los grupos humanos de un cuadro exiguo a un orden más amplio: integración de las ciudades griegas en la nueva entidad del Imperio macedónico, absorción de los dominios feudales en el Estado fundado por los reyes; hoy, quiérase o no, transposición ineluctable de los Estados-Naciones al plano continental. Así también, —otro ejemplo—, obsérvase de un modo constante que todas las épocas en que la humanidad ha franqueado un *recodo*, es decir en que ideas fuerzas nuevas se han desprendido de las contingencias históricas, fueron señaladas por la aparición de figuras excepcionales, *béroes*, como decía Carlyle, *figuras de proa*, como acaba de escribir el gran historiador que es René Grousset: el fenómeno que nos inquieta cuando lo observamos en cierto de nuestros dictadores modernos es, en realidad, el mismo que comprobamos en un Alejandro el Grande o en un Carlomagno.

En otro plano, la historia da lecciones que no son desdenables: quiero decir en el plano de la moral social y política. Con una regularidad absoluta, con una suerte de obstinación, nos muestra que las mismas culpas desembo-can en los mismos efectos. Por ejemplo, la desunión y el

Henri Daniel-Rops

odio entre pueblos pertenecientes a una misma civilización arrastran ineluctablemente a la destrucción de unos y otros: Esparta y Atenas estaban persuadidas de que tenían las mejores razones para odiarse y combatirse, — como, cien años después, Alemania y Francia—, lo que no impide que la guerra del Peloponeso fuera un suicidio de dos que entregó la Grecia entera a la tutela de Filipo y Alejandro. Por ejemplo también, la decadencia del mundo helenístico y luego la del Imperio romano, presentan síntomas clásicos exactamente semejantes, —y semejantes a algunos que todos conocemos: desequilibrio social, denatalidad, amor sin medida de los bienes de este mundo y del dinero, todo recamado sobre la traición fundamental, esa de la que Platón dice que murió la civilización de los Atlantes, la traición de los valores espirituales.

No obstante, si se admite que las mismas causas producen en conjunto los mismos efectos, y que las mismas culpas se pagan con idénticos castigos, la historia está muy lejos de dar a quien la estudia un sentimiento de ataraxia y pesimismo. Ciertamente, lo que ella nos repite, con voz que suena como una campana, es, retomando otra palabra de Valéry, que las civilizaciones son mortales. Sea en el Pacífico o en las mesetas del Asia Menor, en Etruria o en las islas helénicas, la historia nos muestra a la Tierra como un vasto cementerio de civilizaciones. Que un pue-

~ 12

¿QUE ENSEÑA LA HISTORIA?

blo pueda desaparecer íntegramente y, durante milenios, estar como borrado de la memoria humana, para volver a ella sólo por el azadón desenterrador de los arqueólogos, parece apenas creíble, y sin embargo la historia del imperio de los Hittitas, y la de la maravillosa civilización cretense, o del extraño reino de los tirrenos, nos lo dice en términos irrecusables.

Solamente que, —también nos lo dice Clío, y esto es de gran importancia—, la muerte de las civilizaciones es un episodio casi insignificante en el transcurso de los tiempos, que a una civilización muerta le sucede otra. Se sobreentiende que a quienes viven el momento mismo de la destrucción les parezca infinitamente dolorosa, catastrófica y vacía de esperanza: los Galo-romanos que, en los alrededores del 400, vieron desplegarse en sus campos las hordas de los Godos y los Vándalos, tuvieron la persuasión de que todo estaba perdido y aquello era el fin del mundo: en el hecho, más allá de muchos padecimientos y siglos de incertidumbre, iba a nacer una nueva civilización, más admirable, la civilización cristiana de la Edad Media.

En definitiva, la historia, en el mecanismo a la vez tan estricto y tan simple, tan simple y tan complejo que deja adivinar, nos hace sentir una dulce y consoladora realidad. Para el creyente, la convicción de que todos estos episodios

13 —

Henri Daniel-Rops

parecen obedecer a una voluntad superior, que conduce al mundo y sabe hacia donde lo lleva. Para quienes no creen, la certeza de que la caravana humana continúa sin cesar su marcha y en ningún instante nada está jamás enteramente perdido, nada es jamás desesperado. Para todos, la lección que da es la pascaliana, la de la miseria y grandeza del hombre, una lección de serenidad y humildad*.

[París, 1951]



* Traducción de Pedro Olmos.

~ 14

Armando Cascella / HACIA UNA CULTURA SOCIAL

EN un trabajo reciente¹ al advertir que los hombres y mujeres que integran los pueblos contemporáneos se hallan frente al dilema de tres tipos de asociación —democracia política, democracia económica y democracia social— por uno de los cuales deben necesariamente optar para encauzar su vida colectiva, he señalado que la revolución justicialista se diferencia fundamentalmente de los otras dos corrientes o sistemas de vida que hoy luchan por prevalecer en el mundo en que, mientras el capitalismo estructura sus normas y orienta su vocación hacia el perfeccionamiento de lo político, y el comunismo limita todo su afán al cuadrante económico, el justicialismo pone el acento sobre lo social, haciendo converger en esa dirección el máximo de sus preocupaciones.

1. *Trascendencia de la Tercera Posición*, publicado en "Sexto Continente", N° 7, Buenos Aires.

15 ~

Siendo la nuestra, en consecuencia, una Democracia Social, el llamado y la exigencia de una cultura social que le sirva de piedra sillar tenía que producirse a su debida hora. Puesto que toda revolución, como elemento vivo de la historia, lleva en su entraña el afán de perdurar, la necesidad de una cultura adecuada que afiance sus postulados básicos y asegure su proyección en lo futuro se ha determinado por sí misma en la que aquí se va cumpliendo, por imperativo de lógica elemental. Habiendo ejercido la revolución justicialista su acción social renovadora en lo político y en lo económico, intenta ahora ese movimiento cerrar el ciclo de toda revolución valadera en la dirección complementaria de aquellas dos: la de su afirmación en lo espiritual. De ahí la necesidad de estructurar en un cuerpo de doctrina los ideales dispersos que impulsaron el movimiento iniciador y la obligación de penetrar en los cuadros de la educación general, a fin de acondicionar la dirección de su brújula al nuevo norte fijado por la revolución. Pues su capacidad de concretar los nuevos ideales y de hacerlos perdurar recién ha de ponerse a prueba, en la plenitud de su perspectiva histórica, en las acciones de la generación siguiente.

¿Qué queremos decir cuando hablamos de una cultura social? Dejemos la palabra al líder del justicialismo, general Perón: —“Nosotros, los justicialistas, creemos y estamos convencidos de la necesidad de elevar la cultura de los pue-

blos, de la necesidad de llevar la ciencia a su más alto grado de conocimiento, de elevar la cultura artística, la cultura general, de crear por el Estado todas las escuelas que permitan a los hombres desarrollar cada día más la altura de su cultura general y particularizada. Pero no se nos escapa que entre todas esas culturas, en el tiempo moderno, quizá una de las más fundamentales es la cultura social, sin la cual los hombres, en lugar de convivir, luchan, en lugar de crear, destruyen y en lugar de construir un futuro pacífico y armónico de las comunidades, están echando las bases para una lucha entre las comunidades y la guerra entre las naciones”.

Retengamos esta reflexión fundamental: “sin la cultura social, los hombres, en lugar de convivir, luchan, en lugar de crear, destruyen”. Queda así netamente definida la meta esencial de la cultura social: lograr mejores normas de convivencia entre las gentes. En consecuencia, su enseñanza no tendrá como objetivo primordial el prevalecer los unos sobre los otros, no será su propósito básico dotar al hombre de más eficientes armas en la lucha por la vida, con vistas a sobresalir en la sociedad y lograr situaciones de privilegio sobre el común de las gentes sin instrucción calificada. Su misión será más alta y su ambición más señera: educar el carácter, desarrollar el sentido del deber, alentar el instinto innato hacia lo bello y lo bueno, impulsar el amor al trabajo como norte esencial de toda actividad humana,

afirmar el sentido de solidaridad social hacia nuestros semejantes, punto de partida de toda comunidad racionalmente organizada. En una palabra, la misión de la cultura social será educar al hombre para ser hombre de bien y no instrumento de coacción y aprovechamiento de los demás.

Para arribar a este resultado, es decir, para eliminar de las relaciones sociales todo vestigio de primitivismo selvático, humanizando la antigua ley de lucha por la vida y atenuando su ferocidad, la cultura social debe proponerse ante todo borrar de la mente del hombre el tenaz prejuicio que denuncia a la pobreza como un deshonor y señala el logro de la riqueza como la máxima hazaña social, individual y colectiva. Hay que cambiar, rotunda y fundamentalmente, la dirección de la aguja imantada de tan funesta estimativa. Ser pobre no tiene por qué significar una vergüenza, como tampoco el ser rico tiene que resultar necesariamente una dignidad. El honor debe estar en otra parte. La cultura social debe enseñar a separar la idea del triunfo material, del éxito individual traducido en capacidad de poder adquisitivo, de la verdadera idea del honor y la jerarquía sociales logradas por mérito de conducta en la convivencia con sus semejantes.

La puja por el triunfo material del individuo, considerado como el tope de la escala jerárquica social, y desarrollado hasta el máximo por la actual civilización occidental, no sólo prescinde sino que contraría el sentido de soli-

daridad que una cultura social bien entendida debe esforzarse por incorporar a la mentalidad contemporánea, creando los cánones estimativos que la hagan viable y validera. Aquella idea del triunfo material se halla vinculada a la religión del comercio libre, tan venerada por nuestros mayores (aunque se tratara de comprar y vender mercancía humana, como ocurrió con el tráfico de esclavos negros practicado sin ningún escrúpulo de conciencia por nuestros ilustres abuelos) de cuya religión derivaba el culto paralelo de la riqueza, que era su resultante, y el respeto sacrosanto del privilegio, que en la práctica era su corolario y venía a ser inherente a la riqueza misma.

El antecedente es bien simple: una vez abolidos los privilegios derivados del principio de la nobleza, y al no ser suplida su ausencia por una verdadera cultura social, no quedó otra jerarquía que la del poder adquisitivo. Lo importante era ser rico. El resto sería dado por añadidura. De ahí la impresión reinante —y todavía vigente en plenipotencia entre nosotros— de que ser pobre era un pecado y un desdoro. Toda la vida social se edificó sobre esa equivocación. La falacia de tal sistema —cuyas ramificaciones abarcan la casi totalidad de los cuadros de la vida social contemporánea— reside, según ya lo advirtió Carlyle, en que convierte las relaciones esenciales entre los hombres en meros nexos o vínculos monetarios (*cash-nexus*). “*Cuando ese régimen* —dice, por su parte, Harold Laski— *quebran-*

*tó el principio de sangre u origen como fundamento del privilegio y lo reemplazó por el principio de la fortuna, secretó un veneno fatal en las mismas raíces de su suelo. Tal veneno fué el establecimiento de la idea según la cual la adquisición de bienes, como fuente principal del poder, era el verdadero fin del hombre. Ni santidad, ni cultura, ni amistad fueron vitales artículos de fe. La vida social era, según la frase de Henry Maine, "una beneficosa guerra privada" en la cual, como consecuencia de la supervivencia del más apto, el destino del individuo era asunto indiferente para el cosmos"*².

La universal reverencia al rico es una de las taras mayores que afectan al criterio moral de la sociedad que hemos heredado, no obstante que en nuestra misma época, y como una demostración terminante de la jerarquía absoluta de las fuerzas espirituales, un hombrecillo semidesnudo que

2. Harold J. LASKI: *Reflexiones sobre la revolución de nuestro tiempo* (pág. 443). A mayor abundamiento, dice este autor: "Al levantarse sobre la idea de adquisición, ese sistema social degradó en las masas la dignidad de la naturaleza humana; y por el hecho mismo de esa degradación, separó a los hombres triunfantes o de éxito, de los hombres que no han llegado a triunfar en dicho terreno, por el abismo del miedo. Este régimen no conocía otra manera de salvar el abismo como no fuera por la caridad, y sus gobernantes sintieron siempre la incomodidad de saber que la caridad, que en una sociedad justa podría ser la más graciosa de las virtudes, lleva en una sociedad injusta todas las marcas del tributo que la injusticia paga al miedo. Una vez convertido el poder adquisitivo en el criterio normal del triunfo, este régimen perdió su principal ascendiente sobre un sistema de valores susceptible de defensa racional. Su nivel superior era, como observó Veblen de manera tan notable, la aptitud del triunfador para demostrar su triunfo mediante su capacidad de derrochar ostensiblemente. Lo bueno, a su juicio, consistía en las cosas materiales, sólidas, susceptibles de compra y venta, y, por descontentado, cuanto más costosas eran, mayor cantidad de bondad tenían". (Ibid., págs. 463 y 464).

no poseía otros bienes materiales que una cabra, de cuya leche se alimentaba, venció en prolongado y desigual combate al imperio que en ese momento se consideraba como el más poderoso de la tierra.

La cultura social debe reencontrar el sentido de los verdaderos y eternos valores humanos, restaurando la jerarquía de los cuadros sobre cuyos pilares fué posible asentar las bases de una sociedad civilizada. Se trata por consiguiente, de un problema de educación.

Hasta ahora, la educación general ha puesto principalmente el acento sobre el desarrollo de la inteligencia, con vistas al triunfo material por intermedio de ésta, postergando, cuando no prescindiendo, de todo cuanto se relaciona con el culto de las cualidades del carácter. Se ha producido así un tipo de cultura egoísta y utilitario, con el agravante de que esa cultura sólo beneficia al individuo que la recibe, y no como debiera ser, a la sociedad que la imparte y que a menudo, y por añadidura, corre con todos los gastos, como ocurre entre nosotros. De esta suerte, han surgido las así denominadas "*clases ilustradas*", hidra de dos cabezas, especie de parásitos de lujo que detentan para sí el máximo de privilegios y cuya preocupación esencial, como clase, fué en todo tiempo la de afirmar esos privilegios en el seno de la sociedad que los alimenta con sus mejores jugos vitales, esforzándose por convencer a los demás de que esas ventajas sólo debían existir para su exclusivo

provecho: "La finalidad de las leyes —decía un conocido catecismo del siglo XVIII— es confirmar a los ricos en sus posesiones y limitar la conducta de los pobre viciosos"³

Como se vé, aparte de que ser pobre equivalía a un pecado de lesa sociedad, riqueza y cultura no sólo eran sinónimos, sino que la cultura resultaba un pretexto más para coaccionar a los pobres. En este sentido, hubo cierto fondo de razón en el instinto popular que siempre receló de la acción de las clases ilustradas al verlas en toda ocasión actuar del brazo de las clases pudientes. Todas las revoluciones populares, desde la revolución francesa hasta el maremoto bolchevique, abominaron de la *Intelligentzia*. Es que esas clases —me refiero a la acción de las mismas como tales— carecieron fundamentalmente y en todo momento de ese aspecto humano, cordial, cristiano, de la educación que englobamos bajo la denominación de cultura social: el amor al prójimo, la consideración al semejante de cualquier latitud que fuere, el sentido total de la justicia social y de la solidaridad social, el culto de la decencia, entendiéndolo por tal no el culto medioeval del honor caballeresco, sino el veto imperativo a toda acción individual o colectiva que significare aprovechamiento indebido y abusivo usufructo de la vida y el esfuerzo ajenos, aunque ese esfuerzo y esas vidas provinieron del sector de las gentes más humildes, proscripta del círculo de los privilegiados.

3. Citado por A. D. LINDSAY, en *El estado democrático moderno* (pág. 296).

El fracaso inmediato, registrado en Norte América hace algunos años, de una tentativa de organizar la sociedad bajo el signo de la "tecnocracia" —el ideal del *Robot* desarrollado hasta el punto de reclamar para los técnicos, sucedáneos modernos de las clases ilustradas de antaño, el dominio del gobierno y de la sociedad— está vinculado a esa insuficiencia que se acaba de señalar; ese fracaso dimana de la incapacidad específica del técnico para abarcar y comprender los problemas globales de la vida. Como se trata de un especializado, le falta experiencia general, visión de conjunto, y exhibe estrechez de criterio por falta de contacto con las necesidades generales de la vida, en particular con ese género de necesidades cuya insatisfacción produce amargura al común de las gentes, defecto éste que explica por sí mismo el egoísmo funcional inherente a las élites. Y es que éstas llegan a ser tales por función de la inteligencia y no del corazón. El corazón, "esa celeste flor oscura", que diría el viejo Hugo.

Además de educar principalmente el carácter, la cultura social tiene otro imperativo que cumplir, superior a todos los demás: el de su universalidad⁴. La educación que imparte debe ser para todos. Cada uno de los 17 millones de habitantes que hay en el país tiene una vida que vivir y debe vivirla dignamente. Hay que respetar esa vida, por

4. Queremos que la cultura sea universal e integral —PERÓN.

humilde que sea, como si se tratara de la vida del más encumbrado de los hombres. Y la mejor manera de respetarla es educarla para que se comporte dignamente en la sociedad en que ha de actuar.

SIENDO la nuestra, como queda dicho, una democracia social, es natural que toda cultura que aspire a ser expresión cabal de ese tipo de asociación haga fincar el punto de partida de su afán en el ordenamiento de la familia, insubstituible célula inicial de la sociedad cristiana. Aunque en el panorama de la vida moderna todo conspira contra la perduración de la familia, la cultura social debe comenzar por intentar restaurar la antigua jerarquía de la moral familiar, restableciendo la supeditación de los puntos de vista individuales a los intereses de la familia, y, por extensión, a los del clan que ella integra y de la sociedad que abarca a unos y a otros.

Hago fincar el punto inicial de ese tipo de asociación en una nueva jerarquización de la familia, porque en su seno debe nacer el principio motor de toda convivencia regida por una verdadera cultura social; el sentido del deber aparejado a toda noción de derecho, el sentido de la obediencia, de las obligaciones hacia nuestros semejantes, principio generador de esa especie de sexto sentido humano que es el sentido de la solidaridad social, sentimiento cardinal y

madre de todos los demás en una democracia social tal como la concebimos nosotros. Las leyes que rigen los actuales poderosos movimientos gremiales y sindicales no son otra cosa, si bien se mira, que la sublimación de los antiguos sentimientos de familia —extendidos al oficio que se tiene y al lugar en que se practica— así como por debajo del sentimiento de patria que a todos nos anima, late sublimada la vieja idea solidaria de los primitivos clanes, amplificadas por la herencia, por las glorias comunes y el sedimento de la historia.

El modo de vivir contemporáneo, en particular la vida que se vive en las grandes ciudades, ha prácticamente anulado a la familia como factor educativo al destruir la vida de hogar inherente a ella. Faltan, por consiguiente, al joven y al niño de hoy, el ejemplo viviente y cotidiano de la conducta de los padres, la diaria dosis de sabiduría heredada y de experiencia vital que antaño se transmitía insensiblemente, de padres a hijos, en las tertulias de sobremesa y en la atmósfera cordial de las charlas familiares junto al fuego, en las noches de invierno.

En no muy lejanos tiempos —se halla todavía viva y actuante la generación que participó de tan noble género de vida— el hogar concentraba la vida del joven y del niño, por no decir también la del adulto. En el hogar, aparte de las tertulias del grupo familiar propiamente dicho, se reunían habitualmente las familias —aunque no fueran sino

los vecinos del barrio, los habitantes de la casa de al lado o de la vereda de enfrente— y en esas tertulias se producía normalmente el traspaso de la antorcha, se soldaba el nexo entre una generación y otra, y, al comentarse el fluir de la vida e incluso concertarse las futuras parejas, los pequeños crecían a la sombra de todo eso, sentíanse unidos a algo que trascendía su simple individualidad, mientras su carácter y sus pensamientos se iban moldeando en los antiguos cánones, depurados por el tiempo. En tal ambiente, el vino nuevo se volcaba fielmente en los viejos odres y el retoño crecía, en carácter e inteligencia, al amparo vigilante del tradicional tronco familiar.

Aquella forma patriarcal de vivir tenía sus inconvenientes, no hay por qué ocultarlo. En tales rígidos cuadros hogareños el progreso no encontraba fácilmente marco propicio para sus innovaciones. Pero, en compensación, ¡cuántas de esas supuestas novedades "*progresistas*", que frecuentemente no eran otra cosa que perniciosas desviaciones de lo correcto, se estrellaban contra el sólido sentido común del cónclave familiar, implacable filtro catalizador que postulaba muy sabiamente someter todo lo nuevo a la prueba incuestionable del tiempo!

Al presente han desaparecido casi por completo todos esos diques que la sabidura antigua oponía muy prudentemente a la fiebre incontrolada de modernización y al des-

borde de la novelería sin freno, expresiones típicas de la ingrátida imaginación de las juventudes de todas las épocas.

Ausente el doble factor regulador implícito en la atmósfera del hogar y en la presión del clan familiar —la educación técnica la proporcionaban el Estado y las escuelas públicas y, en justo equilibrio, la educación social se asimilaba en el ambiente hogareño— librado sin ningún control a sus propias inclinaciones y primitivos impulsos, o sumado sin contrapeso a la atmósfera de la calle, en la que necesariamente prevalece el espíritu gregario de la multitud, todo conspira contra la educación social integral del hombre contemporáneo. La enseñanza pública, en la forma unilateral en que actualmente se la entiende y se la imparte, constituye, como queda dicho, una especie de inmenso arsenal, en el que los conocimientos se almacenan como si fueran únicamente otras tantas armas destinadas a dotar al hombre, no de normas de convivencia basadas en la solidaridad, en la tolerancia y el mutuo respeto, sino orientadas a prevalecer y preponderar por todos los medios sobre los demás, elevándose sobre el nivel de sus semejantes a fin de acaparar toda suerte de privilegios, aunque fuere a costa del sudor y el sacrificio ajenos.

Pero aún con esas limitaciones, la educación general de cuño utilitario, emanada de liceos, escuelas y universidades, sería respetable si alcanzara el fin por ella perseguido, que no debía ser otro que el de crear hombres superiores en el

sentido literal de la palabra. Pero lo evidente es que esa educación —lo exacto sería denominarla escuetamente instrucción— resulta impotente para neutralizar la influencia de la Anticultura, que reina soberana en la calle, donde impera el espíritu de la multitud. No se si será necesario subrayar aquí que el espíritu de la multitud tiene la edad del hombre de las cavernas. Otros han estudiado sus características y no vamos a detenernos en ello. Para nuestro objetivo inmediato bastará señalar que en esa atmósfera regida por la ley de la selva, de ese espíritu cavernario que flota sobre la multitud como el humo de las chimeneas flota sobre las ciudades, surgen toda una serie de factores negativos que, en materia de educación, borran con el codo todo cuanto la escuela y la universidad escriben con la mano.

Obsérvese que todo o casi todo lo que ahora se ofrece en materia de distracciones, de lecturas o de espectáculos públicos —esa segunda escuela de los adultos— está hecho, no a la medida del gusto individual más o menos cultivado, sino a la escala de la mentalidad sin desbatar de la multitud. Las obras de teatro y de cine, en particular cierto abominable tipo de películas procedentes de Yanquilandia, siguen deliberadamente y demasiado al pie de la letra aquel viejo y cínico consejo del clásico español que sugería que "*puesto que el tonto es el que paga, hay que escribir en tonto para darle gusto*". Lo peor es que el material que se ofrece en esos espectáculos es algo más que banal. Frecuen-

temente va mucho más allá del simple afán de entretener al resultar inmoral, disociador, destructor de ideas y sentimientos básicos de convivencia social.

A su vez, gran parte de las revistas de ídolo popular, e incluso algunas transmisiones radiales inspiradas en el más deplorable mal gusto obedecen, al parecer, a la misma consigna: exaltar el fondo primitivo subyacente en todos nosotros, adular las bajas pasiones dormidas en la naturaleza del hombre y de la mujer con sus constantes alusiones al *sex-appeal*, a su exaltación del chisme de *budoir*, el excesivo espacio destinado al crimen y a las hazañas ilegales de los *gangsters* en detrimento de toda alabanza de las humildes virtudes inherentes al trabajo, a la castidad y a la honradez. Todo eso se produce, y se acepta, porque falta la espontánea reacción colectiva ante lo inmoral, lo inferior, lo deforme y lo desagradable. (Un huracán de silbidos produciría la misma sensación de bienhechor alivio que produce el pampero cuando sopla después de una bochornosa canícula). Pero como falta el contrapeso de una verdadera cultura social, impera y prospera una incontable gama de equivocaciones, de desviaciones de cuanto debe propender a formar el carácter de un pueblo, educando al individuo en el sentido de los verdaderos valores humanos. Todo eso es la contraeducación. Eso es la Anticultura. Todo éso, insisto, borra con el codo lo que la escuela y la universidad hubieran podido escribir con la mano.

En lugar de preocuparse únicamente de "ilustrar" la inteligencia, atiborrando la mente del mayor número de conocimientos destinados a su ulterior utilización en la lucha por la vida, sin conceder tiempo ni espacio a la indispensable educación del carácter y a la afinación de los sentimientos, la cultura social, al restaurar los antiguos cánones, tenderá a complementar esa instrucción y a contrarrestar la atmósfera de la calle y la influencia del alma de la multitud, con una verdadera educación social, es decir, que propenderá a desarrollar paralelamente la inteligencia y el carácter, cultivando a la vez la mente y el corazón. Más aún: pondrá el acento sobre la conducta, vale decir, sobre el carácter. De manera que el ideal que la cultura social deberá perseguir se apoyará esencialmente sobre esa "sabiduría práctica", resumen de la sabiduría de la vida, que confieren jerarquía a la bondad, a la cordura, a la laboriosidad, a la tolerancia, por sobre todos los conocimientos que puedan proporcionar los institutos especializados de cultura técnica.

No hace mucho tiempo, al hablar en el acto inaugural de cuarenta escuelas sindicales, el general Perón citó la siguiente anécdota de Sócrates, que viene al caso. Dicen que en el momento de tomar la cicuta para morir, el más joven de los discípulos de su escuela filosófica dijo a Sócrates:

—Maestro, siento profundamente que usted vaya a morir y que yo, siendo tan joven, no haya podido adquirir

sino muy pequeños conocimientos de los que usted enseña. Y Sócrates le respondió: —Hijo mío, si eres bueno, ya sabes suficiente, y si eres malo, todo lo que puedas aprender será perjudicial para tus semejantes.

Si yo tuviera muchos hijos, no trataría de imitar el ejemplo de estos infatuados padres que dicen muy orgullosos: "este hijo mío es médico, aquél es ingeniero, el otro es abogado". Y que añaden: "éstos lo pasarán mucho mejor que yo, porque están mejor dotados para la lucha por la vida". Preferiría decir: todos mi hijos son hombres de honor, hombres de bien; viven honradamente de su trabajo y puede confiárseles cualquier misión de peligro o de larga paciencia, se puede confiar ciegamente en su honestidad, en su lealtad, en su sentido del deber y de la solidaridad social. Y me sentiría tan orgulloso de ellos como de los suyos el padre que acabo de citar, aunque mis hijos carecieran de todo título habilitante para preponderar en la lucha por la vida, aunque ninguno de ellos hubiera logrado superar la escuela primaria y, al no ser sino pobres, no fueran otra cosa que simples obreros o modestos empleados.

La aspiración al bienestar, a la seguridad y a la felicidad, es inherente a la naturaleza humana, pero como en la educación que hemos recibido todo se halla vinculado al poder adquisitivo, nada tiene de reprochable que la mayoría de los seres humanos tienda enérgicamente a obtener ese poder, sin detenerse demasiado a pensar en la calidad de los caminos

Armando Cascella

que hay que recorrer para alcanzarlo, y sin preocuparse mucho, tampoco, de si el honor se va perdiendo en la huella, como una túnica desgarrada entre las zarzas. Asimismo, no son muchos los que se conceden una tregua en la "*beneficiosa guerra privada*" a que aludía Henry Maine, para meditar (y, desde luego, nadie les ha enseñado nada al respecto) hasta qué punto y en qué proporción esa ansia de dones y bienes está legitimada por el respaldo de una acción individual en el sentido social de dar a su vez, en compensación, algo a los demás.

En relación con esto, se me ocurre un ejemplo que acaso resulte ilustrativo:

En muchas familias cristianas se ha perdido la antigua piadosa costumbre de pronunciar, al sentarse a la mesa, algunas palabras de fervoroso agradecimiento a Dios por los dones de cada día. Yo propongo substituir la antigua oración de gracias al dios olvidado por esta reflexión: ¿Cuántos hombres y mujeres han debido trabajar, aquí y en otras muchas partes del mundo, para que mi mesa esté provista hoy de todo lo que me apetece? ¿Cuántos hombres han debido trabajar, con frío y con calor, con sol y con lluvia, con escarcha y con niebla, con peligros y penurias, para que en mi mesa haya pan, vino, queso, fruta, carne, arroz, ensalada, pescado, legumbres? ¿Para que el mantel esté bien limpio, para que haya una flor en el búcaro y música en la radio y corriente eléctrica o gas en la cocina y agua corriente y fil-

HACIA UNA CULTURA SOCIAL

trada en los grifos y hielo para refrescar las bebidas y vino y café y cigarros y licores?

Obsérvese que no hablo sino de un instante de la vida de cada cual y de una sola de las ventajas que proporciona la vida en sociedad, y que omito mencionar —porque la serie sería infinita— la custodia de mi vida y de mis bienes y la seguridad de mi familia que me proporcionan la institución policial y la seguridad sanitaria que me brindan las instituciones que velan por la salubridad pública, y el teléfono y el telégrafo y el correo postal, y el ferrocarril y las líneas aéreas, fluviales y marítimas, y las diversiones como el teatro y el cine, y el diario que me trae fielmente el canillita por la mañana y por la tarde, etc. Me refiero solamente al solo placer de la mesa bien servida, repetido diariamente a lo largo de los días y de los años. Si hemos de reducir a cifras la colaboración implícita en ese esfuerzo colectivo, hay que hablar de más de un millón de personas dispersas por todo el mundo. Un millón de personas que trabajan sólo para mí —o el fruto de cuyo trabajo aprovecho en cierta medida— sólo para que yo disfrute diariamente y sin restricciones del placer de comer. ¿Y qué hago en favor de ese millón de personas que trabajan en los arrozales, en los cafetales, en las tejedurías, en los mataderos, en los tambos, en las chacras, en las bodegas, en los tabacales, en los trópicos, en los mares del sur, que padecen fatiga y necesidades, para que

la leche llegue fresca y a punto en el amanecer al umbral de mi puerta, para que el arenque y el salmón, el pulpo o la langosta sean pescados en su habitáculo y a su hora, y el teléfono me comunique al instante con mis amigos lejanos y el diario amenice mi desayuno todas las mañanas reseñándome los sucesos que ocurren en el vasto mundo y la radio llene de música y canciones el ambiente de mi hogar, etcétera, etcétera? ¿Qué hago yo, qué doy a los demás, en compensación de tan infinita acumulación de bienes y placeres? Apenas si lleno algunas cuartillas por día en mi oficina, escribo algunas cartas y doy un par de órdenes en mi escritorio comercial, o, si soy un burócrata del tipo más abundante entre nosotros, espero tranquilamente sentado en mi cómoda butaca, mientras leo el diario y tomo café, que transcurran las seis horas reglamentarias que se me exigen cinco días a la semana a cambio de la paga establecida, paga que me permite tener un hogar e incluso viajar y veranear con mi familia en sierras y playas de mar.

Es como para caer de rodillas y dar gracias, si no se quiere hacerlo a Dios, a la sociedad cuya cooperación hace que diariamente se repita éste que es para mí el más incomprensible de los milagros. Todo lo que un hombre solo pueda dar, por grande que sea su generosidad, resultará siempre infinitamente pequeño en relación con la suma de beneficios que recibe de la sociedad, de la cooperación de todos, del esfuerzo

colectivo ínsito en el impulso de ese motor subyacente que he definido como el sexto sentido básico de la convivencia humana, y que no es otro que el sentimiento de la solidaridad social, cuya plena lucidez sólo una cultura social podrá elevar a estado de conciencia individual y colectiva.

Horacio Schiavo / CATEDRALES
DEL AGUA

MIRANDO desde el mundo esta alta lluvia,
lluvia de aguas, de amores o cristales,
siento música gris que resplandece
y una voz que despierta en manantiales.
Mirando este milagro luminoso,
luces del agua y agua y catedrales,
siento vibrar mi corazón oscuro
en ascenso por cánticos pluviales.

Todo es música gris, dolor del agua,
aguas de amor y amor entre dolores,
una firme plegaria por momentos,
un salmo incorporado entre colores
y también una nave soledosa
que se abueca y se abonda entre fragores
y una ojiva que en blanco se levanta
hasta un oculto cielo de esplendores.

*Mirando este paisaje acontecido,
aguas del agua en soledades puras,
y este techo brumoso que se esconde
entre voces de claras creaturas,
veo el agua que límpida desciende
formando y desbaciendo arquitecturas,
siento un silencio y músicas del aire
entre un líquido bosque de ternuras.*

*Solo el latido cárdeno en la noche
escondido en la selva de las venas,
solo el árbol de nervios que se crispan,
solo mi corazón alto de penas,
solo mi soledad entre la urdimbre
de un varillaje de aguas en antenas
que me acercan o alejan de este mundo:
ciudad sin puerto y playa sin arenas.*

*Hay una luz celeste que se esconde,
misterioso recuerdo del Lucero,
como un mercurio azul que resplandece
entre columnas de brillante acero,
que lava con fulgores lejanísimos
la soledad del agua y el austero
catedralicio ambiente solitario*

que me oprime imposible y verdadero.

*Y hay un Angel de lluvia entre la lluvia,
Angel de agua de llanto que me espera
en un lugar oculto y solitario
lejos ya de Verano y Primavera,
para darme un lugar entre las aguas,
un sudario de lluvia valedera,
para que cruce diáfano el espacio
en la suprema soledad postrera.*

Juan R. Sepich / NORMA
Y ESTILO DE VIDA

NORMA Y ESTILO

LA vida tanto individual cuanto colectiva presenta un elemento determinado y otro determinante. Este último es el que aparece; el otro es. La vida de un hombre o de un pueblo es una trama de actos conducidos consciente y libremente hacia rutas propuestas y aparece como vida austera, heroica, gloriosa o por el contrario, disipada, cobarde o infame.

La norma de vida dice lo que la vida de un hombre o de un pueblo es; el estilo, indica cómo es o cómo parece.

Toda vida se fenomenaliza de una particular manera. En esa diferencia consiste su estilo, su antiestilo o su falta de estilo.

La norma traza la delimitación esencial y genérica

Este primer capítulo de un ensayo titulado: "Del hombre y su convivencia", fué cedido a CULTURA por el Centro de Estudios Económicos-Sociales de Buenos Aires, que editará la obra.

de la vida; el estilo, concreta la diferenciación individualizadora.

El estilo es a la forma, lo que el matiz es al color.

Las normas de vida se proyectan sobre el valor esencial de las cosas y las relaciones de que consta la vida en general; pero particularmente la humana, individual o colectiva.

El estilo, en cambio, se tiende sobre la dimensión diferencial que las cosas y las relaciones adquieren al entrar en el terreno concreto e individualizado de la existencia histórica.

La diferenciación entre norma y estilo no recomienda su separación; señala tan sólo la función constructiva que compete a cada uno de esos elementos.

La norma sin estilo es incolora; que equivale a decir, inhumana y sin valor cultural, disminuída y exangüe.

El estilo sin norma, caso de poder existir, sería un relámpago sin consistencia, una coloración sobre el agua movediza, sin estabilidad ni valor.

PROYECCION DE LA NORMA Y EL ESTILO

LA norma se extiende a lo largo de la sucesión cronológica y vital del hombre y de los pueblos como la trama en la cual éstos van a tejer el colorido de su obra cultural.

Las líneas esenciales, el dibujo de su conducta, el encamionamiento de la misma y su rumbo hacia tal o cual horizonte están dados por la norma que ese hombre o pueblo toma para regularse.

El estilo pone color en el dibujo, matiz en el color y precisión en el dibujo. No modifica el *qué* de la vida; pero le imprime su peculiar *cómo*.

Ambas cosas se proyectan sobre la vida del individuo y de los pueblos como su definición esencial y su propiedad, respectivamente.

Es posible conceptuar una vida sustantivándola con los elementos de la norma y caracterizándola con los del estilo. Así decimos que un *bien es vulgar* o un *vicio es espléndido*.

Norma y estilo proyectan sobre el individuo o pueblo su figura y su color. La conducta, la vida, la trayectoria humana de los mismos, puede ser buena pero plebeya o vulgar, estéril o resentida; como puede ser buena y distinguida, eficaz, noble y generosa; señorial, elevada y completa.

Tanto sobre los individuos como sobre los pueblos, la norma y el estilo crean la entidad y la fenomenología de su vida. La presencia o ausencia de un estilo en la vida de los pueblos permite el juicio característico de la historia y la señalación de sus etapas. Los pueblos se manifiestan diferentes y con sus aportes diversificados merced al

estilo de su vida. Sin que ello implique desconocer el papel esencial de la norma. El estilo es una propiedad de la vida; no es esencia de la vida; pero no puede dejar de estar en ella, sin causarle una disminución que la devalora.

Un edificio con la misma masa y dimensiones se individualiza, se valora y se afirma por su estilo.

Pueblos como Grecia, Roma, Germania, Francia, Italia, España, China, India, Rusia, etc. son fenómenos de estilo dentro de una esencialidad inmutable. En el transcurso de la vida de un mismo pueblo, su historial es la proyección de su estilo sobre la misma o diferente norma de vida.

Es afirmación trivial pero no por eso carente de verdad y valor, decir que la vida tiene valores esenciales y valores decorativos. Por ser decorativos no dejan de ser valores y muy humanos. ¿Qué más decorativo e inesencial que la sonrisa? Sin embargo puede decidir el rumbo de toda una existencia; y su ausencia puede cancelar valores esenciales que no llegarán jamás a lograrse en su plenitud posible y probada.

Si el estilo quisiera considerárselo elemento de supererogación en la vida de los individuos y de los pueblos, no por eso se podría dejar de afirmar que su proyección sobre ella constituye una constante de cuya presencia o ausencia depende la estimación cultural de la vida de ese individuo o de ese pueblo.

FUNDAMENTO DE LA NORMA Y EL ESTILO

SIENDO la norma el analogado de la ley, es más fácil aclarar su estructura a través de la ley por estar más inmediata a nuestra experiencia individual o colectiva.

La ley es una canalización racional de la conducta y la tendencia caracterizada por su obligatoriedad y todo lo que la coacción implica; entre otras cosas, el poder o la autoridad.

La vida del individuo o de los pueblos abarca una gama total de actividades: físicas, artísticas, morales; la vida es naturaleza y es libertad. En lo humano, en su característico obrar como ser racional libre, la vida es moral; es sujeto de costumbres que se plasman bajo la conducción de la razón y la decisión de la libertad.

Este mundo vital de lo racional libre, también tiene su regulación y encaminamiento: esa es la norma moral bajo cuya suprema regencia toda la vida adquiere sentido y orientación.

La norma de vida constituye, pues, la ley esencial de la vida; y su fundamento tiene que estar en la esencia de la vida misma. Porque de ella brota para regirla. Lo cual es posible porque la vida en el hombre es razón y libertad.

El estilo de vida, en cambio, no se funda inmediatamente en lo esencial sino en lo característico. No consti-

Juan R. Sepich

tuye la esencia de la vida, sino su esplendor. La norma de vida se tiende como un hilo que se fija en los hitos esenciales de la existencia humana: jerarquía del bien, ordenamiento jerárquico bajo el sumo bien y plenitud beatificante que el bien posee para el hombre incoerciblemente vertido hacia él.

La tarea normativa de la vida parecería un relevamiento topográfico de la misma.

Colocar, situar o descubrir esos hitos basales en los cuales anudar el hilo de la norma, es función del entendimiento, en su uso teórico. La vida se proyecta hacia adelante porque puede iluminarse a sí misma su camino, descubriendo sus propios fines y horizontes. La norma es la anudación de la vida a los hitos o bienes basales que señalan la meta de nuestro existir.

Por eso la norma está fundada mediatamente sobre la percepción intelectual de las supremas jerarquías o instancias hacia las cuales, después, se siente la vida incoerciblemente inclinada. Allí descubre el tesoro; después experimenta que es también *su tesoro*. Por eso el bien no sólo es un valor; es también y además, su felicidad. La norma se funda, entonces, inmediatamente, sobre la *percepción racional* de la relación que las jerarquías supremas guardan, con el incoercible impulso del hombre hacia su felicidad.

Esa *percepción racional*, cuya expresión es la norma, no está fundada inmediatamente en una percepción del

NORMA Y ESTILO DE VIDA

entendimiento. Este no hace más que revelar la existencia del bien. Es el amor quien encuentra que el bien es además felicidad. La *experiencia amorosa* se traduce al lenguaje racional, en la norma. Fundamentalmente, empero, es una experiencia singularísima sin que se pueda intercambiarla.

En esta condición de experiencia amorosa inintercambiable e intransferible, se encuentra la raíz más honda de donde va a brotar el propio e intransferible estilo de vida individual y colectiva.

La serie universal de los bienes se escalona desde lo ínfimo hasta lo supremo y desciende desde lo alto a lo bajo. La norma de vida sitúa, ordena y determina esencialmente el valor de cada acto tendiente hacia ellos.

Pero la experiencia amorosa intransferible que de ellos tiene la vida, da origen a que cada acto tenga su propio matiz de estilo; su *cómo* efectuarse en la serie de la vida total. Y vale lo dicho tanto para el individuo como para los pueblos, haciendo lugar al empleo analógico de los conceptos.

Para percibir el fundamento de la norma y estilo vitales, basta proyectar su desarrollo sobre los bienes. Los hay que pertenecen a la economía misma de la sustentación vital; otros atañen a su sabor y complacencia; finalmente otros configuran su decoro. En cada uno de estos sectores es dable ver urgencias que van desde lo necesario hasta lo supererogatorio.

La norma y el estilo no se separan. Cuando su vida se escinde su vida se resiente. No es posible llevar una vida moral plena, si se carece de estilo. Se estará en una evidente disminución. Será una vida de condiciones esenciales mínimas para ser llamada vida humana, en su noble acepción. Pero no más. Será menos de lo que debe ser una vida humana, en su noble acepción.

También esto vale para individuos y para pueblos.

Si inquirimos, pues, qué elementos humanos determinan el fundamento de la norma y estilo vitales, tenemos que señalar tres: intelectual, volitivo y emocional. En verdad, todo el hombre. Cabe, sin embargo, decir que hay una funcionalidad diferente para cada elemento. En su hondura mayor, el elemento intelectual es condicionante. Depende, en efecto, de la lucidez, penetración y fuerza de la intuición intelectual, la revelación del perfil y de las aristas del bien.

A pesar de ello, como el hombre habla en su espíritu con palabras hechas también de carne, la intuición intelectual está, en cierta y misteriosa medida, condicionada por la capacidad emocional. Ya que es ésta quien primero despierta ante la realidad y quien primero entabla el diálogo con los emisarios del bien que en su último trono se revelará como supremo.

Entiendo por capacidad emocional la pasiva capacidad de reaccionar ante la existencia sensible y ante la presencia espiritual del bien.

Zona misteriosa y dilatada cuya gravitación vital es inmensamente difícil medir. Hacer depender la noble energía intelectual de esta capacidad emocional; o al menos poner a ésta como condicionante de aquélla pareciera una violación el orden de la jerarquía; mas no es así. La verdad es que el alma es quien elige su cuerpo, sujetos éstos —alma y cuerpo— de la inteligencia y la emoción.

Sólo así se puede justificar que exista una adecuación tan maravillosa entre la perspicacia intelectual y la finura emocional. A pesar de lo que pudiera desaprensivamente parecer en contrario a una apreciación gruesa de la realidad vital humana.

Entonces es la inteligencia misma la que se condiciona, en la medida en que es el alma la responsable de la plasmación somática, a la cual está tan íntimamente ligada la capacidad emocional.

El señorío no se pierde por estar obligado a observar condiciones que el mismo señorío impone. Ambas cosas, entendimiento y emoción, condicionan a su vez el acercamiento del hombre a los bienes por vía de la tendencia; o lo que es igual, en su máxima y más elevada expresión, por vía de experiencia de amor.

El conocimiento no es todo. Hay otra forma de acceder también a la realidad; forma necesaria para la elevación y consolación del hombre. Esta vía es la del amor. Digo amor por ser éste la expresión más noble de esta zona tendencial, gracias a cuya energía el hombre se mueve. En la del conocer y la emoción sensible, el hombre se orienta; en ésta del amor, el hombre se encamina a su plenitud.

El camino del amor es la zona de la diferenciación intransferible, en la cual todos están pero ninguno coincide ya que todos aman a su manera.

La fuerza distintiva del amor refluye, a su vez, sobre la tarea del entendimiento y de la emoción sensible ya que las verdaderas causas lo son recíprocamente. El módulo intelectual trasunta el modo de amar; y éste se nutre de la profundidad de aquél. El humanismo italiano vió esta gran verdad; sobre todo Petrarca. Para él la filosofía — considerada con visión parcial y restringida como función del puro entender— más que dar al hombre la “sabiduría” le confiere el *morem sapientiae*; que podríamos traducir por el módulo sapiencial de vivir y amar. Módulo fundamentalmente decidido en el modo de amar de cada uno.

El módulo sapiencial de nuestro amar, esa experiencia característica de cada individuo, representa la posibilidad de expresar (*tirar fuori*) nuestra intransferible originalidad, lo que es nuestro y no puede ser sino nuestro: nuestro estilo de vida.

GRANDEZA Y LIMITE DE LA NORMA Y DEL ESTILO

¿QUE le impide al hombre amar la excelencia sino su ignorancia de la misma? Una pregunta tan simple de apariencia lo contiene, sin embargo, todo.

Está allí expresada la primacía del entendimiento en cuanto a su prioridad funcional; pero está afirmada también la prelación de amor en la zona del movimiento vital.

Nos hace comprensible ciertas paradojas que nuestra realidad cotidiana nos brinda, como la del hombre capaz de jugarse la vida en una justa deportiva e incapaz de tomar una actitud enérgica para la conservación de la sustancia misma de la patria.

Nuestra gente tiene una capacidad emocional generosa y por eso es valiente; pero ignora la jerarquía de los bienes y carece de ilustración sobre su destino como pueblo; por eso es torpe e insensible para la vida política. El personalismo de nuestra vida política a partir de la organización nacional, es un índice del juego equivocado que rige la vida de nuestro pueblo. La norma intelectual funciona mal; y la emoción se desorbita. La táctica política del personalismo político ha sido, justamente, la estimulación emotiva y la inhibición intelectual a nuestra gente.

La verdadera política nacional tendrá que construir con equilibrio una convivencia en que la vida normativa de la inteligencia se estimule, para que la vida emocional se encauce en el bien.

Así puede surgir un estilo nacional dentro de la norma ecuménica de la vida política.

La gente necesita conocer su bien para vivir y morir por él y según él.

La grandeza del horizonte se conmensura a la universalidad e ilimitación del entender. Todo lo que posee realidad se convierte en horizonte para el amor del hombre. No tiene otro límite que la limitación de su propio entender que es ilimitado; ilimitado sólo sucesivamente por ser temporal; pero no simultáneamente ilimitado.

La jerarquía de los bienes expresa la jerarquía de los hitos que el entender coloca para que el amor haga su camino y su acceso.

Hay allí bienes esenciales y bienes supererogatorios; hay sustancia y esplendor. El amor también será una fuerza constructiva en la sustancia del hombre y en el esplendor del mismo. Esa doble acción creadora del amor se traducirá al lenguaje racional, en la norma y el estilo de vida.

La grandeza y limitación del entender y de la vida emocional se proyectarán como luz y sombra sobre la vida del amor de cada hombre y de cada pueblo. Su vida traducirá su estilo, antiestilo o falta de estilo; el vigor o de-

bilidad vital de las normas según que abunde o carezca de esplendor o de estilo.

Un hombre o un pueblo resentidos, anquilosados, desvitalizados o declinantes, son un hombre o pueblo sobre cuyo entender y emoción se cierne la sombra de una limitación, de un impedimento, de una opresión de la que no se es capaz de salir.

Inevitablemente la experiencia de amor de ese hombre o de ese pueblo padecerá los efectos de su limitación. El estilo individual de vida será la expresión concreta de lo que conoce, de lo que siente, de lo que ama y de la manera cómo realiza todo eso que es su vivir.

Lo más hondo, lo más individual y diferenciado es nuestro modo de amar; que es nuestro modo personal de acercarnos al bien. Quien lo hace con elegancia, generosidad y señorío; quien con torpeza, estrechez y servilismo.

La zona del bien honesto encierra el decoro, la belleza, la esplendidez, la bondadosa generosidad. La zona del bien placentero, a veces excluye el decoro; disminuye necesariamente un poco la belleza y forzosamente cercena la generosidad y el señorío. La zona del bien útil es apenas un senderito para transitar de a uno, sin amplitud ni luz.

Existe una proporción inversa entre la necesidad y la jerarquía de los bienes según el punto de referencia que se toma.

Partir de la urgencia biológica significa colocar como más necesarios e indispensables los bienes útiles; luego, los bienes placenteros; por último, los que forman el decoro de la vida y su esplendor de belleza.

Si nos situamos en la cúspide de la dignidad humana, tanto del individuo como de los pueblos, la sucesión es inversa. Más necesario es el decoro y el honor que el placer y la utilidad. Por eso es un ejemplo la ruina de Numancia y un baldón vender la primogenitura por un plato de lentejas.

El honor justifica y hace perenne la memoria de un pueblo aunque su vida desaparezca para sostenerlo sin mancha.

En la vida política, es justamente esta proporción la que debe conducir normativa y emocionalmente a un pueblo para que sea dignamente tal.

Cada uno se ubica, según su módulo propio, en un sistema de preferencias cuyo eje y soporte está en una de esas tres zonas. El que se circunscribe a la última, se limita a casi lo genérico. Su fruto es el hombre masa, sin esplendor, sin eficacia, sin estilo.

La pasada centuria pudo ver una especie humana que puso su módulo en el bien placentero. Hoy recoge los frutos de su cosecha. Sembradora de un antiestilo padecieron de aristofobia; es decir, miedo de lo que es mejor, miedo a lo óptimo.

Solamente el individuo o pueblo que da a su vida el esplendor del decoro, la belleza, la generosidad y el señorío pone a salvo la sustancia del hombre y de la convivencia. Es él hombre y el pueblo con propio estilo humano de vida.

Con él adquiere toda la grandeza y la limitación de la misma naturaleza humana. Su norma y su estilo se nutren de lo que es mejor en la más pura e incontaminada hondura humana. Esto es ley para individuos y para pueblos.

Un estilo de vida, por consiguiente, no se enseña ni se aprende; se lo vive. Se puede imponer un estilo de vida como también un antiestilo, en la medida en que un hombre o un pueblo ponen en la vida un módulo que por el solo hecho de existir irradia su esplendor o su nefasto influjo. El estilo y el antiestilo de vida brotan del modo de nuestro amor y van a incidir sobre el modo de amar de los que comparten la vida con nosotros. No sólo las ideas ganan o pierden al hombre; la interacción es más honda y oscura en la zona del amor; pero no por ello menos eficaz, constructiva o destructivamente.

La tragedia de un hombre o de un pueblo es carecer de estilo, haberlo perdido o adquirir un antiestilo; como el resentido que vive para poner su capacidad de amar al servicio de la destrucción, del odio.

Juan R. Sepich

DESTINO, NORMA Y ESTILO

CUANDO los antiguos definían el estilo por el hombre, hacían algo más que utilizar al hombre como método.

Protágoras señaló vigorosamente esta ley como un aforismo que tuvo las más encontradas y absurdas interpretaciones: "*el hombre es la medida de todas las cosas*". En esta afirmación se quiso ver exclusivamente una desesperada posición escéptica y agnóstica. Y es todo lo contrario. Es la afirmación de la grandeza y limitación del hombre; es la expresión de su raíz que es el valor de su individual originalidad intransferible de donde hace su apartición el estilo vital de cada uno.

Claro que su configuración y plasmación no escapa a la acción de las circunstancias innatas del propio ser o adquiridas y ambientales, como la tradición, educación e impostación de nuestra vida.

Hay algo radicalmente dado de cuyo descubrimiento, cuidado y promoción depende que seamos el hombre o el pueblo que reclama nuestra esencial dignidad; hombre y pueblo con estilo de vida noble y señorial.

También los pueblos son personas morales. Ellos también fraguan su destino, trágico, problemático o heroico. El judío y el musulmán, el español y el germano; el hindú y el chino; el hombre y el pueblo antiguo, medieval o mo-

NORMA Y ESTILO DE VIDA

derno, están revelando con la claridad de los hechos que la vida de un individuo o de un pueblo es la elección del propio destino. Sin dejar de ser destino, es una cancelación de posibilidades por acción de la libertad en un instante (que dura un tiempo más o menos largo) en que se da la coyuntura de elegir, decidir y abrazar una norma con estilo de vida.

Esa decisión es también intransferible como responsabilidad e irreiterable como oportunidad histórica.

El meditar estas cosas nos hace inevitablemente contradictorios con la propia realidad histórica, personal y nacional.

El destino del individuo y del pueblo tiene etapas y tiene una tensión de la cual no es dable desprenderse; a menos de elegir el camino de la propia desaparición. Los individuos se anulan o los pueblos desaparecen, cuando cancelan su derecho y su deber de elección de una norma de vida con su propio estilo.

Para la decisión es necesaria la generosidad del amor a lo óptimo y el esfuerzo señorial de quien se siente noble.

Oh, credi a me: sono pur molte le cose che nate da pigrezza e da ignavia, si attribuiscono a gravità di prudenza e di consiglio. Quello cui di conseguire disperano gli uomini sovente volte, disprezzano; e proprio é dell'igno-

Juan R. Sepich

*ranza tenere a vile quel che non sebbe imparare, e dove
essa non giunse, bramare che nessuno pervenga. (Petrarca,
Rerum senilium, I, IV).*

Si a un individuo o a un pueblo lo vence el resentimiento es que ha elegido la muerte sin honra. El honor es la solución de los que se esfuerzan por ser la realidad que su destino les señala.

M. A. Torres Fernández / ROSALBA
Y LA NOCHE

EN aquel comienzo de otoño ventoso, hacía ocho días que el pampero azotaba la ciudad con una sola tregua de lluvia copiosa. Eran las 16 y por la calle Brown raleaba el tránsito. A esa hora el viento menguaba ostensiblemente. Cruzó el paso a nivel. Frente al Molino América, apenas vió algunas luces por los ventanales. El atropellado, el monótono golpear de pistones, rodar de engranajes y correr de poleas, le taponaron ásperamente los oídos. Iba de prisa. Una agitación nerviosa comenzó a mortificarle los tendones y ponerle un peso en la nuca. Pero no caería, no. Se había propuesto llegar y llegaría. Sobre el renunciamiento quería la reacción de una postrera energía victoriosa. No caería. Era mujer, pero no la vencería la crisis. La mortificaría únicamente el cansancio, fácil de reponer.

Cuando llegaba a estación Rosario oyó rasguídos de guitarras. Del arroyo se desprendían fétidas exhalaciones. En

la estación se sentó en un banco. Los pilares giraban y todo giraba a su alrededor. El andén estaba desierto y ella miraba empecinadamente los rieles, los rieles que partían del paragolpes y llegaban al paragolpes.

—Ah, los rieles que parten y llegan al mismo tiempo, tragadores de distancias y siempre quietos, firmes, sin este humano sacrificio de andar con una cruz...

Hojarasca remolineante le tocó los zapatos. Pero ella llegaría. Se lo había propuesto. Era su última decisión. Se aproximaba un tren local, de Punta Alta. Entonces huyó por la misma puerta ancha por la que había entrado.

2

CASI a la carrera tomó a la izquierda. El médano de la calle la obligó a caminar con menor urgencia. Cruzó Saavedra y no paró hasta encontrar las vías del ferrocarril. Saltó el alambre y costó la trocha. Era una senda suave, perfectamente trabajada por los obreros y las obreras que la transitaban diariamente. Grupos de tamariscos, de eucalip-tos y de aguaribayes —defendiendo rústicas construcciones de material, de madera o de hojalata— quebraban la monotonía del llano que marginaba la cuenca del Napostá.

Una tenue luz de sol le iluminaba el perfil y la nuca. Su chaqueta de terciopelo azul, irisaba lentamente, con hondas

sombras en los pliegues. El viento traía un frío de sal y yodo, disuelto en la humedad vegetal del campo, y le abría una pequeña herida de seda blanca en el pecho. De lejos le llegaba el ladrido de los perros y uno que otro ruido extraño, rural. Pero ella marchaba siempre. Era como una virgen perdida; era la animada, la viva estatua de una virgen escapada de su nicho. No vieron ojos bahienses otros ojos como los suyos. Una cara ligeramente alargada, blanca y tersa como un mármol, pero como un mármol capaz de reír como sabía hacerlo ella, capaz de sugestionar con esa fuerte belleza suya. Sin embargo, esa presencia de ángel estaba perdida. Un amargo rictus le desfiguraba la boca y un ansia trashumana de salvación o de muerte, le fantasmagorizaba los ojos. Desfallecía ya, y se sentó en medio de los pastos duros que crecen en la trocha.

—¿Por qué, Dios mío, cuando estamos en la trampa, frente a la boca del pozo que nos ha de tragar, se nos viene a la memoria toda la vida vivida, toda nuestra vida, como un golpe de sangre?

Tenía la mirada perdida en la franja oscura del cauce del Napostá. Iba corriendo como él, en dirección al mar. Una punzada aguda en la cintura la obligó a recostarse sobre los yuyos. Luego le recorrió el bajvientre, hasta las ingles. Cuando pretendió estirar las piernas, sintió un dolor de hinchazón, que le recogía los tendones. A pesar de eso la

vida se le iba a la memoria como una marejada, que sube, que sube. Lo había conocido en el Club.

3

LA presencia de aquel campo le hizo bien. Trató de erigirse, pero tuvo que ceder a una laxitud amarga, desgarrante, que la convulsionó en sollozos ahogados, de extrema desesperación. Miró hacia la ciudad y tuvo la sensación de que la ciudad la perseguía, como un gran ejército en marcha por el valle, con sus avanzadas de casas, de caminos que se cruzan, de calles cortadas, de barracas y vías férreas. Volvió la vista a los pastos. Sus manos cuidadas, de perfectas líneas, dedos alargados y bellas uñas, ligeramente rosadas, se cerraron apretando un manajo de hierbas duras, indóciles a la caricia. Trató de arrancarlas, pero no cedieron. Sus grandes ojos en lágrimas miraron asombrados aquellas plantitas fuertes, que resistían al tirón, que no se desprendían de la tierra.

—Qué miserable cosa son los sin raíces —dijo con la mirada otra vez vagando por la vecina línea oscura del cauce del Napostá.

Soltó bruscamente el manajo de yuyos y exclamó, en un vago monólogo ahogado:



—No, no las arrancaré. No tengo el alma negra de Ovidio de la Fuente, el miserable sin raíz, que se fué lejos, porque había venido para irse... "*Qué miserable cosa son los sin raíces*", como lo dices tú, mi Rómulo... Quién sabe, Dios mío, si podré verte ahora mismo, al caer esta tarde...

Seguidamente dijo con intenso dolor:

—Madre, madrecita mía, el centenario de mi ciudad, y después la boda. No, no madre, no estoy en casa de la modista. Cuatro palabras acaban de echarme de la vida y aquí estoy, tirada sobre la tierra. Pero tengo todavía fuerzas para seguir andando en busca de su casa, de la casa del que conociste desde niño. Quiero confesarme a él, quiero hablarle de esto que crece en mí y me hunde en la desgracia.

Notando que largas hileras de hombres y de mujeres se acercaban por ambos lados del carril, se levantó, y sacudiéndose la pollera, continuó la marcha. Pero tuvo que regresar a recoger la cartera y los guantes. Extraña mujer que avanzaba como una sombra. Belleza sacudida por el dolor, que se hacía trágica en medio de la soledad del campo. Hombres y mujeres que venían de las fábricas de bolsas, de los talleres ferroviarios, de los galpones de las casas cerealistas, la vieron pasar. Ella sintió, sin repugnancia, el fuerte olor de aquellos cuerpos sudorosos, de aquellas ropas sucias. Los hombres y las mujeres caminaron mucho tiempo con la cabeza vuelta hacia la hermosa desconocida que iba por la senda, como una demente. Se miraron interrogantes,

pero nadie vociferó. Un espeso silencio sucedió al encuentro. El cansancio los había privado de la palabra.

Ella continuaba andando con su carga, languideciente, con las piernas temblonas. No pudiendo soportar más el dolor de los pies, se tiró nuevamente en tierra. Se quitó un zapato y, dándolo vuelta, lo sacudió con fuerza. Una cantidad de arena cayó sobre su falda. Se lo calzó. Iba a sacarse el otro, cuando reaccionó con nerviosidad y dolorosa reflexión, a la vez:

—Qué pequeños somos. Nos estamos muriendo y detenemos un instante la muerte para quitarnos los zapatos, con areniscas. Qué pobre, qué inútil esta cobardía nuestra ante el dolor físico. ¿Qué me pueden importar las llagas de los pies?

Y se incorporó, tercamente dispuesta a seguir el camino. Habría preferido perder la memoria, no recordar, que un golpe de amnesia la hubiese desprendido de cuajo de su pasado. Pero se le agolpaban los recuerdos y la golpeaban en la sien. También le apretaban la garganta las cuatro palabras definitivas, fatales, que la echaron de la vida aquella mañana...

Recordaba que lo había conocido en el Club y la perseguían las voces de sus amigas, las voces de ayer mismo, antes de recibir la carta fechada en Montevideo:

—Rosalba Ruíz de la Fuente.

—Rosa-alba de la Fuente...

MIRO al oeste y los rayos oblicuos de un sol muriente le hicieron entornar los ojos fatigados por las lágrimas. El cuerpo lejano del cuartel de la Guardia de Seguridad se le fantasmagorizaba. Estaba cerca de Spurr y el tanque de la fábrica de gas se le apareció en su verdadera dimensión. Allí comenzaba la edificación de Villa Rosas. Se sorprendió al ver cómo crecía la construcción de la nueva estación ferroviaria. La obra estaba, a esas horas, paralizada, con un silencio de paredes sin puertas ni ventanas, de andamios sin la humana fatiga de los obreros. En el andén, un hombre descansaba en un banco. Por el veredón corrían ráfagas de viento frío. Se detuvo y miró campo afuera. Quería orientarse. No recordaba a qué lado de la trocha quedaba la casa. Hacía seis años que había ido, por primera vez, en una excursión de estudiantes. La tarde se iba. Sintió un escalofrío intenso. Debía cerciorarse bien. Se aproximó al hombre y le preguntó. Este le dijo:

—Siga por allí. Cien metros más adelante, a la izquierda, cerca de aquel arbolito, hay una senda que la llevará directamente. La casa de los Galetti está detrás de un médano grande, pasando nuevamente las vías, para el lado del arroyo.

Llegó al arbolito y un fuerte mareo la obligó a asirse de un poste. Cuando recobró algo de seguridad, miró la senda. En las inmediaciones, antes campo despoblado, se habían edificado algunas casas. La cuenca del Napostá estaba señalada por arboledas distintas y cortadas de trecho en trecho. Ahora recordaba más claramente aquella excursión. Cursaba el primer año en la escuela normal. Era la misma senda que había andado, jadeando y a la carrera.

—¿Por qué regresamos al pasado feliz, cuando hemos caído en la desgracia?...

Había salido con la firme voluntad de llegar. Pero ahora que se aproximaba, ya no pensaba lo mismo. Le flaqueaban las fuerzas. Tenía miedo de golpear la puerta de aquella casa; de aquella casa situada detrás del médano. Miedo de enfrentarse con el cariño de toda su vida.

—¿Qué derecho tengo para presentarme así? ¿No es acaso una inmoralidad buscarlo para confesarle esta desgracia? ¿Qué persigo con todo esto, qué cobarde impulso ciego me empuja, me arrastra hasta su casa? —pensaba. Luego gritó:

—No, no es cierto. No hay nada de malo, ningún egoísmo me mancha, ninguna intención perversa me guía. Atiendo a una fuerza de adentro, que me golpea cruelmente, en esta agonía; para que me confiese ante él, para que le diga mi desgracia. Vengo disparando hasta su casa, como quien busca el refugio de un templo.

Se inclinó sobre el alambrado. Con los ojos cerrados, respiraba profundamente. A pesar de toda la fatiga y el dolor, aquel cuerpo agitado, vencido, era de una hermosura plástica impar, apenas iluminado por los últimos rayos de sol. El viento le había desplegado la amplia pollera sobre un alambre de púas, donde quedó prendida. Continuaba inmóvil, con la cabeza sobre los brazos que descansaban en el alambrado. De pronto se irguió violentamente, como si atendiera a un llamado imperativo. Se restregó varias veces los ojos como si no viera, o no creyera en lo que estaba viendo.

—¿Tú, mi compañero de estudios, mi amor de antes y de siempre?...

—Algo de eso, pero no todo.

—Porque tuve que mentirte, porque tuve que ocultarte. Pero estabas dentro de mi vida, en mi corazón.

—¿Quién te impulsó esa actitud? Adiós...

—No, no me dejes mi Rómulo. Espera, déjame decirte esto, lo último que pueda decirte, lo último... No, no corras...

Se desgarró el vestido en el alambre y volviendo en sí vió un poco más borrosa la senda.

¿CUANTO había caminado desde esa alucinación? Lo que fuere, porque se sentía ágil, renovada, distinta. Le había vuelto la salud al espíritu y el espíritu había curado radicalmente su cuerpo destrozado. Milagro del sacrificio que realizaba, de la fe en Rómulo y de la sinceridad de la confesión que iba a hacer. Sentía escalofríos de goces fugaces, pensando que todo sería arreglado, que todas esas desgracias encadenadas se iban a borrar como rastros en la arena. Por momentos se mordía las manos e intentaba gritar; cantar a gritos en medio de aquella soledad indiferente. Una alegría de adentro se le desparramaba por el cuerpo, incontenida, haciéndola respirar con fuerza, profundamente. No veía otra cosa que la senda. El médano estaba ya cerca, pero lo alejaban en la borrosa perspectiva agreste, las sombras crepusculares. Anochecía con lentitud.

—Rómulo, Rómulo mío... Creía en la bondad de tu corazón y ahora ya estoy salvada. Viviré para servirte, para amarte. No tengo otra vida que la que pueda vivir a tu lado. Rómulo, Rómulo...

Llegaba al médano, cuando sintió que voces chillonas eran proferidas del otro lado del montículo. Se desvió de la senda y fué ladeándolo, pero tuvo que continuar costean-

do otros promontorios de menor elevación. Se detuvo. Miró entonces hacia la ciudad. Pero no estaba segura de que esas luces distantes fueran exactamente de la ciudad. Otros compactos grupos de focos eléctricos en medio de la noche recién llegada, la terminaron de confundir. Los galpones y las estibas habían desaparecido. ¿Dónde estaban los elevadores, el puerto, Villa Rosas, Bahía Blanca?...

Se formuló secretamente esta pregunta con un repentino temor de desorientarse. Ese mismo temor la empujó. Ya estaba desorientada. Dió algunos pasos y las voces reaparecieron nuevamente. Pudo distinguirlos con la mayor claridad. Eran muchachos que debían venir del Napostá, porque discutían por una trampa para nutrias. Rosalba apuró el paso y salvando el último montículo de la pequeña cadena de médanos, volvió en busca de la senda dejada. A medida que caminaba se le iba disminuyendo la perspectiva de luces lejanas, hasta que se encontró sin una referencia. La inmensa alegría de su fe se le diluía en la oscuridad. Nuevamente el dolor y el temblequeo de su cuerpo, hartado fatigado, la fué sumiendo en la realidad de su desgracia sin orillas. Se sentó al borde de una tosca. La senda no aparecía. No pensaba más que en orientarse. Pero el temor crecía, se inflaba, fantasmagorizándole la tierra que apenas la sostenía. Rompió a llorar sin consuelo. Estaba perdida, perdida en la noche, en el campo y en la vida.

—No, Rómulo no es un pobre diablo ni yo una mujer

indigna. No. Ninguno de los dos somos inmundas criaturas para transar, para acomodar una situación semejante y que el mundo continúe rodando.

Luego gritó casi, en una reacción repentina:

—Dios mío, ¿por qué no me alumbraste antes, por qué?

Hizo silencio. La inmensa noche estaba sobre ella, la apretaba, presionándola cada vez más fuerte, más ahogante. En aquella presión inmaterial que la sofocaba, Rosalba continuó reflexionando, ahora con desfallecida voz:

—Llegar con la noche a su casa y decirle: *Vengo a que me salves...* Desgraciada de mí, insensata...

Después completó su pensamiento:

—No. Nunca haré eso, nunca. Ahora caminaré en busca de una luz que me guíe, que me oriente.

La oscuridad se espesaba. El cielo estaba cubierto. No había una estrella para conformar aquellos ojos quemados por las lágrimas y vendados por la noche. Sólo un viento sur, que había desplazado al pampero, cada vez más marino y frío, la empujaba cruelmente por campos sin caminos, sin una senda que la pudiera llevar a un determinado sitio. Caminando entre matas duras, casi espinosas, que le arañaban las piernas, y ralos salitrosos, había cruzado un ramal ferroviario, atravesado pajonales y salvado montículos de arena estabilizada. Aquella mujer se había hundido en la noche, sin forma visible. Era un llanto náufrago, a la deriva.

CUANDO logró salir de las tierras bajas donde había vagado perdidamente, sintió un sobresalto de alegría. Una larga sucesión de luces la conformaron como si hubiera encontrado una mano firme que la guiara en su desorientación. Estaba extenuada y cayó vencida. En el suelo, quieta, permaneció largo rato. Allí estaban las luces. La seguridad le dió otra vez fuerzas para continuar el camino. Se había conformado con su desgracia. Anduvo un trecho y miró en derredor. Otras luces le hacían señas. Pero ella continuó en dirección de los primeros focos que la habían sacado de aquel infierno. Iba en su busca. No retrocedería ni cambiaría de dirección. Aguantaba, con renovado valor, su martirio físico. Un pensamiento retrospectivo la enterneció, recordando los años de noviazgo con Rómulo. Mirando las luces, sin saber dónde estaban ubicadas, evocó las palabras de Galetti:

—Los bahienses no conocemos la ciudad, el campo que la circunda, el mar, ni los puertos. Es la herencia de los sin raíces...

Después dijo, en alta voz, conformada y tierna:

—¡Si no te hubiera perdido con mi perdición, para siempre!...

Comenzó a pisar en un barrizal y continuó andando por él. El lodo y el agua le hicieron bien. Sintió una extraña sensación de alivio en sus pies destrozados. Pero no pudo caminar mucho por aquel terreno fangoso, porque cada vez se hacía más blando y le costaba despegar los zapatos. Tuvo que volver, y cambiando de dirección fué en busca de tierra firme. Su mayor preocupación era no perder de vista las luces. Las consultaba como a una brújula. Caminó largo trecho y se detuvo. Le pareció que estaba al borde de una laguna. La noche había aclarado un tanto. Muchas estrellas habían aparecido ya. El viento sur se hacía cada vez más frío y veloz. Se aproximó y tocó con la mano. Era tierra algo firme, cubierta por el salitre. Anduvo por ella, siempre en dirección hacia las luces, pero otra vez penetró en suelos anegados. Se hizo la decisión de cruzarlos y siguió caminando, con mayores dificultades. Se detuvo ante un gran charco. Allí permaneció un instante, indecisa. Pero no era posible retroceder otra vez. La fatiga la estaba venciendo. Las luces permanecían a la misma distancia, aparentemente. Y arriesgó el salto. Un barro sin hierbas, esponjoso, burbujeante, la recibió con un ruido extraño, sordo, como el contenido quejido de una fiera. Le siguió el contralto de un desgarrado grito.

7

HABIA caído en un cangrejal. No luchó con el barro absorbente. Sintió que la presionaba, hormigueante, en los muslos, y se tiró de espalda. Extendió los brazos para asirse de unas matas frondosas, que no estaban, por cierto, al alcance de sus manos.

Quedó desvanecida en medio de la noche y del campo.

[Ilustración de Victor L. Rebuffo]

Máximo Fresero / UN DIA
EN EL TIEMPO

HE abí tu vida,
a ti te hablo,
que ahora recreas tus frescos ojos
sobre estos versos que fueron sueño mío.

*El verde de la primavera es suave
porque alimenta un espíritu
que al hombre agrada,
mas la melancolía nace en nosotros,
inciertamente a veces,
cuando una hoja cae y nos recuerda el olvido.*

*Ob resplandor inmortal,
¿el mundo es éste y no otro
para el ojo que huele?
La lluvia vuelve a ser agua
y arrulla el sueño de las praderas.*

Máximo Fresero

*En su secreto, recia, vencedora,
percibimos la tierra como una carne grave
existiendo en silencio,
y nos confiamos a ella tan sólo con lo puro
cuyo son inmortal nos sobrevive.*

*¡Quién pudiera ser leve igual al ala
y como un día que brota del tiempo
correr con la muchacha para ganar la risa!*

*He dicho vida, alma mía, porque estoy desamparado.
¡Oh vasto día, tembladme!*

~ 76

*Emilio Rubio / DOS
POEMAS*

INGENIO AZUCARERO

ESCUCHAD ese mar verde
y en medio
el propósito del hombre
como el del niño en la playa.
Escuchad cómo se eriza y desencadena
su ola verde.
Escuchad escribir sus chimeneas.
Escuchad trabajar su reloj negro.

¡Es el ingenio!

*¿No veis el humo de sus ríos negros
que circulan por sus dientes?
¿No veis la causa de su movimiento?
¿No la veis llegar al miolema
de los bíceps
como sudor, como sangre*

77 ~

Emilio Rubio

o como tiempo?

*¡Oh! la enorme rueda
que despide miel
en la lluvia de agujas amarillas
del ingenio;
que cuenta la permanencia
del cielo en las ventanas.*

*¡Oh! el sabor agrio de las máquinas
enturbiando esa dulzura
de los dedos.*

*¡Oh! las torres
donde se encierra el fuego.
Sacrificio del fuego
que ha de entregarse a formar
espadas blancas,
espadas blancas
rotas en metálicas estrellas.*

*Vamos, vamos por los tubos
a investigar el amarillo que detiene
el azul que purifica,
vamos a investigar
la profundidad y altura
del ingenio.*

~ 78



Emilio Rubio

*Vedme ahora aquí rodeado
de líbricos monstruos grises
que devoran con humo las palabras.
¡Vedme aquí
con flechas de barómetros clavadas
muy pequeño!*

DOS POEMAS

LA FRENTE DEL SILENCIO

POR el espeso y lento río de arena
que el sol ha vaciado en
largo tiempo:
caminamos, remontamos
el origen desértico,
de su reloj de arena,
de su cintura quieta,
de sus pies doloridos
por las piedras.

*¡Y esas semillas de huesos sembrados
para criar raquíticas
arborecencias,
calaveras!*

*¡Cómo nos mira
la sombra de esos ojos vaciados,
la oquedad eterna de la vértebra!*

Donde llegó la vida se hizo

Emilio Rubio

*pedra:
que el sol necesita encenderse
de nuevo, aquí,
—sacerdotisa nocturna virgen llama danzante—
aquí en la tierra.*

*Y después que el día alimentó las minas
y una nueva cáscara ha nacido:
viene la luna
con su sudario azul,
con su descanso de agua azul,
a refrescar,
a descansar
las cenizas que vuelan,
la fatigada inestabilidad de un hueso,
la luz cuajada en una esmeralda
todavía reciente y cálida,
¡el silencio que piensa
con su enorme frente mineral!*

A. Herrero Mayor / CONOCIMIENTO
ESTETICO Y SOCIAL DE
LA LENGUA

EL tema de nuestra lengua ha llegado a ser en nuestro tiempo, y en el área de su influencia, una necesidad espiritual acorde con el ansia de perfección expresiva que hoy a todos nos invade. Esta ansia y aquella necesidad, no por legales en el orden afectivo, dejan de tener su limitación estética: necesidad de buen idioma y ansia de perfección no condicionan la ambición de una lengua estricta ajustada estrechamente a unos moldes gramaticales que impiden la necesaria y libre evolución moderna.

Dicho está que mantenimiento y evolución no son conceptos lingüísticos contradictorios, si pensamos que el mantener las formas castizas de la expresión no perturba el evolucionar armónico de la lengua como estado social ni como particular instrumento de expresión. Eso es, en efecto, lo que constituye el proceso idiomático que Humboldt consideraba como una *actividad*, frente a una *fuerza hecha*. Por actividad lingüística entendamos movimiento que

tiende a condicionar toda evolución semántica o morfológica; en tanto que estado o fuerza hecha representa la fijación de los caracteres generales de la lengua. Mas como este estadio no pasa de ser una temporal circunstancia de hecho —que puede durar siglos— la condición mudable de lo que llamamos organismo idiomático es la permanente condición social de todas las lenguas vivas.

Ya no se entienden, efectivamente, las lenguas como organismos que nacen, crecen y mueren sometidos a un proceso somático de crecimiento y consunción que abisma el vocablo y, con él el concepto, en el humus terrenal que volverá a fertilizarlo. No. El concepto materialista de la lengua ya no acoge semejante extremo, y se ampara en otro más filosófico y en consonancia con la naturaleza espiritual en continua evolución. Y sólo así se entenderá la supervivencia del genio específico del habla nuestra, que mantiene en la presente era atómica, la misma fresca expresiva que ya pregonaba nuestra alteza y concierto mental en los tiempos de Cervantes y Santa Teresa.

Lo que varía son las formas; no el espíritu ni la unidad. Ya no oímos —siempre que vayamos al Norte —el *agora* y el *endenantes*; pero la esencial expresividad castellana permanece inalterable, o si se quiere, como una anteleguía lingual en camino de perfección...

La lingüística positivista vivía aferrada a su propio pen-

samiento mientras no se concebía la mutación filosófica de un devenir constante sin apremio de orgasmos corporales. La identificación de la lengua con la vida animal cabe solamente en cuanto el lenguaje no deja de ser una vida en perpetua organización, pero no como un simple árbol biológico que lleva en su existencia el signo de la muerte fatal.

Así, de este fatalismo consuntivo participó el príncipe de la filología hispanoamericana, D. Rufino José Cuervo, al presentir, muy erradamente, la escisión de nuestro idioma, nacido del latín vulgar, pero no del corrupto. Pensaba Cuervo, vencido por la teoría fatalista del desmembramiento, que el castellano de América sufriría la misma suerte del latín, escindido en varias lenguas, y que habría de ser en nuestro continente lo que Bello pugnaba por evitar, cuando prevenía la colosal "*avenida de neologismos de construcción que inunda y enturbia mucha parte de lo que se escribe en América y que al alterar la estructura del idioma, lo convertirían en multitud de dialectos irregulares, licenciosos y bárbaros, embriones de idiomas futuros, que durante una larga elaboración reproducirían lo que fué la Europa en el tenebroso período de la corrupción del latín*"...

Mucho se confunden los conceptos evolución y corrupción. Mas sólo la materia se corrompe. El espíritu evoluciona...

Históricamente, ¿qué son el griego y el latín? No son propiamente cadáveres lingüísticos en descomposición: su mudanza se cumplió de un modo unitario, al punto que no es despropósito afirmar que, literaria y filosóficamente, seguimos viviendo del latín y del griego. ¿Qué son el francés, el rumano, el italiano, el portugués y el español? Latín *evolucionado* y en perpetua organización individual y colectiva. Individual en cuanto responden las romances a cada una de las nacionalidades neolatinas; colectivas en cuanto asumen carácter histórico hereditario.

Puede el positivismo desconocer la *actividad* individual en materia de evolución lingual, pues siendo el lenguaje una actividad colectiva, su desarrollo total se mantiene independiente de la voluntad personal. "*Sin duda* —añade Menéndez Pidal—, *el individuo por sí solo es impotente para alterar el curso de las modificaciones que el lenguaje tiende a sufrir; pero también es evidente que los cambios que se produzcan en el lenguaje, siendo éste un hecho humano, serán siempre debidos a la iniciativa de un hombre, de un individuo que, al desviarse de lo habitual, logra la adhesión o imitación de otros, y éstos logran la de otros: en suma, el proceso de cualquier neologismo será idéntico al proceso por el que se propaga cualquier opinión o costumbre de un grupo humano, hasta hacerse propia de la mayoría. De aquí se deduce que cabe la propaganda en favor de tal o cual uso lingüístico, lo mismo que cabe en favor de tal o cual idea*

política, jurídica o literaria cuyo triunfo se desea; así que un individuo puede influir poderosamente en el lenguaje de la comunidad hablante, lo mismo que puede influir en una propaganda electoral: captándose adhesiones. Sólo que la propaganda lingüística no suele hacerse en forma de persuasión oratoria, sino mediante la enseñanza de la gramática, los estudios doctrinales, los diccionarios, la difusión de buenos modelos, el comentario de los autores clásicos, o bien inconscientemente, mediante el eficaz ejemplo que se difunde en el trato social o en la creación literaria".

Es fácil acoger esta doctrina pidaliana de la imposición lingüística, sobre todo si aceptamos la influencia de los instrumentos normativos de la ciencia gramatical y lexicológica y los ejemplos de los modelos del buen decir. Pero ya es más difícil conciliar esta norma en lo que respecta al crecimiento del idioma por vía del uso neológico. Este uso, dispensado a tontas y a locas, es un peligro constante para el enriquecimiento legal del lenguaje. Sin tener en cuenta las deformaciones continuas en el lenguaje corriente, periodístico o literario. Pero también hay que contar con la creación neológica producto del genio individual, que una vez pasado por el tamiz del escritor logra afincarse en el predio de la colectividad. Entonces el vocablo o el giro nacido del individuo prende en la colectividad y su incremento se asegura por el propio impulso con que nace. Solamente parece la palabra por la debilidad con que viene

al mundo o por extinción del instrumento que señale. Muerto el perro, se acabó la rabia, dice el modo burlesco popular. Muerta la función de los vocablos que ya no tienen cosa que señalar, el molde desaparece con la idea. Así, concluída su vigencia, morirán a plazo fijo en el uso nuestro las palabras *factoría* y *coloniaje*. Cobrarán fuerza, en cambio, otras voces que encierran grandes conceptos en el molde nuevo de la palabra que impone por su propia expresividad. Cuando el influjo amalgama dos influencias, la culta y la popular, el vocablo nace asistido de una fuerza incontrastable contra la cual nada pueden sanciones contrarias académicas. El consenso del idioma reclama justamente la inclusión oficial de dos argentinismos nacidos de una necesidad social: *argentinidad* y *sanmartiniano*, que advienen al uso corriente con el mismo derecho de *cidiano* e *hispanidad*.

Se necesita siempre del individuo que invente el vocablo y lo lance a la circulación.

"Ninguna poesía es colectiva en su origen, como que para brotar se requiere la persona de un poeta, y cada poesía se difunde o puede difundirse más o menos ampliamente en el seno de la sociedad en que nace..." Este concepto crociano, puede aplicarse con ligera variante al lenguaje como creación. Pero en esto de la creación hay que andarse con tiento. Es fácil la composición de palabras en el orden científico o técnico: los elementos griegos o latinos nos

facilitan la estructura del vocablo. No hubo dificultad para crear *radiotelefonía*, como no la hubo para el neologismo grecolatino *televisión*. Pero cuando se trata de injertos cultos o literarios entonces varían la dificultad y el éxito del invento. Sólo los grandes inventores lograron por la fuerza de su ingenio y gusto estético dar vida a formas idiomáticas nuevas. Gracián, Góngora y Quevedo, por ejemplo, fueron creadores de vocablos, como lo fué Cicerón en el latín, o como Horacio, que proclamaba la licitud de crear. Sobre todo, Góngora fué el más fecundo introductor de palabras: *celestial*, *adusto*, *pompa*, *púrpura*, *aplauso*, *argentado*, *horrendo*, *libar*, *meta*, *alterno*, *asentir*, *auriga* y otras muchísimas voces gongorinas enriquecen hoy el caudal corriente del castellano. Palabras que al principio parecieron extrañísimas al léxico general fueron después consagradas por el consenso común, que en estas cosas distingue con certero instinto. Modernamente fueron creadores de vocables Darío, Valle Inclán, Gasset, Unamuno, Azorín, Rodó, Lugones. Y sólo un profundo juicio y un gusto fino, como quería Quintiliano, es capaz de producir y asegurar la creación estética y lógica del idioma. Por eso andan descañadas y sin uso infinidad de *creaciones*, de malas creaciones que la comunidad del idioma rechazó destinándolas al cementerio del olvido por falta de gracia y expresión. Aunque en esta materia la invención lingual también fracasan a veces los ingenios, que son rectificadas por el consenso

popular. Porque el hecho estético y científico de dar nacimiento a la palabra exige siempre eso: ciencia y sensibilidad; y a muchos científicos se les podría repetir aquello de Marcelo a Tiberio: "*Tú, César, tienes el poder de dar el derecho de ciudadanía a los hombres, pero no a las palabras*"...

¿Y quiénes están considerados como verdaderos modelos en el buen lenguaje? Para el latín, algunos discursos de Cicerón, no todos. "*Los demás escritores —dice Vandryes— eran sospechosos y hasta francamente descalificados. Lucrecio era rudo y descuidado; Plauto, bárbaro; Salustio, afectado de arcaísmo; Tito Livio olía a provinciano, y Tácito, atormentado y estrambótico.*" Y advirtamos cómo juzgaban a sus propias lenguas los escritores famosos: para Lucrecio el latín era un idioma pobre; Goethe se dolía de la rudeza del alemán, y Platón aducía dificultad para interpretar, relacionándolas con su lengua griega, "*palabras que empleaban los griegos que viven bajo el dominio de los bárbaros, de los que han tomado muchas voces*"... Y, en fin ¿qué objeciones no se han hecho al español que no comprendan al francés y al italiano?

El genial Sarmiento pretendía que el vetusto idioma castellano no era lengua de gobierno... Naturalmente que un idioma no es apto para la función de gobernar si el que gobierna no pone ideas dentro de las palabras. Las palabras vacías —como llaman los chinos a las que nada sig-

nifican— no llenan ninguna función ideológica, aunque las raíces son fuente de conceptos que engendran la significación y hacen grávida la palabra apenas sale de la boca o la pluma. Pero para que la palabra tenga función normativa, social o gubernativa, debe estar constituida en relación de armonía con el pensamiento que encierre. A esto llama la gramática tradicional de todas las lenguas hablar correctamente. Lo que equivale a un concepto espiritual de gobierno si se atiende al precepto socrático del buen decir: "*hablar mal es causar daño a las almas*".

De algún modo la preocupación ya es universal. Mucho se habla de la libertad para expresar en inglés, idioma tan flexible y cambiante que ya se ha digerido, como Ugo-lino a sus hijos, la declinación ya la conjugación. Pero es bien notorio que los grandes hombres de Inglaterra definden y pugnan por la vuelta a las normas clásicas de su habla en el momento de dispersión que amenaza al mundo. Para el genio de Shakespeare la norma era la creación. Cuando no hallaba la voz o el giro adecuado a la interpretación de su pensamiento lo inventaba con olvido premeditado del idioma. Pero creaba la forma y la norma a un tiempo. Del mismo modo procedieron otros genios de otros idiomas. Cuando el libro va fijando las normas de expresión la humanidad gana también norma definitiva. Y no sólo los antiguos. También los modernos pugnan de alguna manera por la sanción que será la norma segura. Un di-

putado comunista del parlamento inglés pedía no hace mucho a la Cámara que el Gobierno de su país enseñase "el claro acento escocés en vez de los ruidos fluctuantes y molestos que generalmente hacen hablar los ingleses". En oposición, Mr. Churchill recomendaba a los norteamericanos el estudio del inglés, clásicamente, pues advertía que el "slang" anglo-americano estaba en EE. UU. demasiado en boga en diarios y libros, y de paso al recomendar el cultivo del buen idioma materno, aconsejaba a los comunistas el estudio de la historia anglosajona...

Si el lenguaje, pues, no es mero organismo, su evolución espiritual en todos los órdenes sociales va cumpliéndose condicionada por múltiples factores estéticos y morales, o simplemente por el camino de las llamadas convenciones populares que dan la tónica del crecimiento idiomático. Esta tónica se ajusta, por lo común, a un sentimiento de expresividad que aflora en los labios ciudadanos y prorrumpe en vocablos unas veces claros y otras oscuros e indescifrables.

EL ELEMENTO EXTRAÑO EN EL IDIOMA

EL llamado problema del buen decir, o sea, del mantenimiento de la personalidad del idioma tiene para nosotros una urgencia de soluciones que únicamente el tiempo

es capaz de limitar. No existe en realidad un problema en el sentido estricto de la palabra, sino una preocupación social que sólo desdeñan los desaprensivos cultores de cualquier forma de expresión, que vienen a ser los que ignoran adrede el valor social y artístico de su idioma y aquellos que no lo entienden en su riqueza de matices expresivos por tolerancia estética. El procurar que la lengua escrita mantenga el rasgo característico y que el gesto fónico permanezca fiel a su ascendencia castellana, es ambición noble para quienes saben o intuyen que en las condiciones del idioma están permanentes las fundamentales condiciones del genio de la raza. Esto del genio de la raza no es una mera fórmula retórica de ensalzamiento de las virtudes que cupo heredar a los americanos de oriundez hispánica. Es una consigna basada en el sentimiento de afinidad que une a estos pueblos de Hispanoamérica. (Y no digo Latinoamérica, pues no hay para qué falsear el concepto de familia venida de una estirpe que no inventó los derechos del hombre, porque su hombre nació derecho y habló en tono humano y humanístico cuando sembraba con su palabra castellana la mitad del continente, por mandato de Dios.)

En América —y en España, por consiguiente— la adulteración del idioma por vía del extranjerismo innecesario es un mal de cuya prevención debe responder cada país independientemente. Adulterar el idioma es aminorar su poder al restarle elementos, sustituidos por otros ajenos a la

índole peculiar del nuestro. El hecho constituye un modo de barbarismo. *Barbarismo* y *Babel* tienen una íntima relación semántica de origen. Grandes exportadores de ese fruto fueron para el castellano las lenguas francesa, italiana e inglesa. Se dirá que también nos exportaban ideas civilizadoras con los conceptos venidos en la palabra. Pero no es menos justo reconocer que en este cometido ideológico todos los pueblos tuvieron y tienen capacidad de emisión, según su origen, civilización y moral. Si el *etos* griego fué el *mores* latino, éste es nuestra *costumbre*. Y si no decimos *costumbredad*, decimos *ética* y *moralidad*, que es lo mismo.

Para el tecnicismo el trato mejora. Cuando con la palabra extraña nos llega el instrumento o con éste aquélla entonces el vocablo recién venido se reputa necesario. Mas también en este aspecto no hay unilateralidad: todos los pueblos tienen su técnica de vida, sus usos y costumbres, unos más primitivos que otros, pero al fin su arte y su ciencia. La etnografía nos enseña cómo ciertas sociedades tuvieron espléndidas civilizaciones jurídicas, artísticas, agrarias y usaron instrumentos que la modernidad suele considerar elementales porque eran los primeros. La filología, en cambio, no nos puede decir cuáles fueron las palabras. Si aceptamos que *en el principio fué el Verbo*, nos acercamos a la creencia del origen divino del lenguaje. Y si pensamos con Protágoras, que *"el hombre es la medida de todas las cosas, de las que son en cuanto que son y de las que no son en*

cuanto que no son", caeremos en la cuenta de que el lenguaje humano en cuanto que es humano, al perder unidad al pie de la torre bíblica, adquirió la variedad que dió origen a ... los políglotos. La geografía lingüística de relación positivista establece la doctrina de la imposible separación de unas lenguas de otras en las zonas limítrofes, influenciadas recíprocamente por la vecindad y el progreso científico. Pero el factor espiritual lo es de cohesión dentro de las fronteras establecidas de un idioma cuando el impulso nacional es fuerte. Y en la vida de un idioma, mejor dicho en el vivir de un idioma, las alternancias e influencia presentan asimismo facetas imprevistas, pero concebibles, como el barbarismo, que aparece en las distintas sociedades como un resto del impulso babélico con que Dios dispuso que los hombres no se entendiesen.

En rigor histórico, la invasión del galicismo comienza en nuestro idioma cuando el poema de *Mío Cid* rompía por la mañana queriendo *"quebrar albores"*. Y aún más, las relaciones entre Roma y las Galias llevan a aquéllas muchas voces del francés primitivo que todavía empleamos, y el inglés mantiene latinismos más de lo que parece. Y aunque esto atente contra la propiedad de la lengua considerada como idioma, hay que aceptar la existencia de voces espurias vegetativas en el caudal corriente; o si se quiere de cuerpos extraños que la lengua despidе a veces en una auto-defensa fisiológica. Y las lenguas vecinas, ¿no dejaron in-

filtrar españolismos? Por centenares los tienen, adaptadas al módulo prosódico respectivo, el francés, el italiano, el inglés y el portugués. El auge de España en el siglo XVI como nación importante en los órdenes de la conquista y del progreso, llevó su impronta lingual a los países vecinos, en los que por gala se hablaba mucho el español en las clases cultas. De ese imperio de la lengua española, rotunda y armoniosa, se recuerda la requisitoria de Carlos V, ante el Papa Paulo, dirigida al Obispo Macón: "*Señor Obispo, entiéndame si quiere, y no espere de mí otras palabras que las de mi lengua española, la cual es tan noble, que merece ser sabida por toda la gente cristiana*". De esa lengua que Juan de Valdés tiene por "*tan entera, tan gentil y abundante, que dejarla perder por negligencia debería avergonzar a los que con tanto desdén la tratan*"

El enciclopedista D'Alembert, al analizar la armonía de las lenguas, estableció: "*Una lengua abundante en vocales, y sobre todo en vocales dulces, como la italiana, sería la más suave de todas, pero no la más armoniosa; porque la armonía, para ser agradable, no debe sólo ser suave, sino variada. Una lengua que tuviere, como la española, la feliz mezcla de vocales y consonantes dulces y sonoras, sería quizá la más armoniosa de todas las modernas*". Y así es, en efecto, esta lengua española o más bien hispanoamericana, como lo moteja la idea castelarina: "*dulce como la melodía más suave y retumbante como el trueno más atronador*".

CONOCIMIENTO ESTETICO Y SOCIAL DE LA LENGUA

La lengua de Molière se endulzó con los españolismos *vainilla, caramelo y chocolate*; tomó agrura con nuestro *limón*; se alimentó con el *tomate* y la *nuez* y se alegró con la *castañeta* y la *serenata*, y adoptó la clásica *siesta* y otras muchas voces como *indigo, benjuí, cochinita, cigarro, merino, ayudante, coronel, caserna recife, embarcadero, etc.*, etc. El español es tan pobre, que puede regalar voces y giros a granel, y que son recibidos en otros idiomas amorosamente y sin repudio de extranjerismo, más bien con indicación de cariño familiar. Ni en inglés ni en francés el españolismo se toma despectivamente. Todo lo contrario. Ocurre con el inglés que, mientras se nos infiltran multitud de anglicismos no necesarios, ese idioma sobre todo en EE. UU., se está apropiando más de la cuenta de palabras españolas o hispanoamericanas. Ahora figuran en los léxicos ingleses entre otras muchísimas, estas voces nuestras: (nombres geográficos): *cordillera, sierra, cañón, mesa, cañada, bosque, llano, pampa*; (de minería): *placer, bonanza, rastra, arrastra*; (de agricultura): *hacienda, rodeo, rancho, reata, bagazo, guayule, yuca, papaya, frijol, coca, mate, alcornoque, alfalfa, guano*; (de sociedad): *hombre, político, conquistador, médico, vigilante, ranchero, peón, cimarrón*; (de animales): *caballo, coyote, burro, alpaca, vicuña, farena, caballería*; y otros como *zanja, talismán, adiós, tinaja, partida, abrazo, lumbago* y centenares más de palabras, que se anotan en el moderno *Diccionario de anglicismos*

del filólogo panameño Ricardo J. Alfaro. Centenares he dicho y pronto serán millares las voces hispanoamericanas incluídas en el léxico inglés, de lo cual debemos alegrarnos, aunque sería preferible, filológicamente, que por el Norte cultivasen bien el español y no mezclasen la lengua de manera de restar propiedad a la suya y a la nuestra: en la región mejicana fronteriza con Estados Unidos se perpetra un *idioma* que no es inglés ni español ni aborigen; una jergonza que llama a la iglesia *chorcha*, *cola* al cuello de la camisa, rueda a la *bicicleta*, *lonchar* a almorzarⁿ *dipo* a la estación y *reportar* por informarse... Y esto no es evolución, sino degradación por influencia extraña.

ARMONIA Y CRECIMIENTO DEL IDIOMA

LOS préstamos mesurados de idioma a idioma fué procedimiento histórico regulado por la necesidad elemental de expresión de las ideas: cuando se carece de la palabra hay que aceptar la venga de donde viniere. Pero no se evita la adulteración del idioma si —como dice Sarmiento— “*al mismo tiempo que se beben las ideas de otras naciones [...]* no cuidamos de depurarlas de todo limo extraño por el estudio de las peculiaridades de la lengua castellana”. La otra limitación para este comercio lingual es la que todo idioma (que en griego quiere decir *propio*) opone a la

introducción en su cuerpo de elementos extraños, sobre todo en su sintaxis. El vocablo, por extraño que sea, no altera por sí solo la armonía fundamental biológica del idioma en que se aloje. Principalmente si son tecnicismos o neologismos científicos o nombres históricos advenidos de inventos, máquinas o personas. No puede entonces el idioma nativo abroquelarse en el purismo extremo, en la casticidad del arcaísmo para rechazar a sus parientes de sangre o de cultura. Verbigracia, el origen y fondo común de las lenguas neolatinas no puede desconocerse, y esto templá también el daño presunto inferido por el advenidizo que ingresa en el coto ajeno... familiar. Y repito vocablo, pues con la construcción no debe haber tolerancia: el barbarismo sintáctico es la peor de las perturbaciones mentales y psicológicas que se puede llevar a un idioma.

Y aquí vemos, con relación a los préstamos racionales y llevaderos, cómo se cumple el anhelo de Baltasar Castiglione, embajador de alta cultura literaria y humanística italiana en Toledo, que nos da su parecer, en los comienzos del siglo XVI, en “*El Cortesano*”, traducido, como se sabe, por Boscán: “*Querría también que hablase y escribiese nuestro Cortesano, de manera que no sólo tomase los buenos vocablos de toda Italia, más aún que alguna vez usase algunas palabras francesas y españolas, de las que son por nosotros en nuestro uso recibidas; como agora, por*

ejemplo, no me parecería mal que sobre algo que viniese a propósito dijese: acertar, y aventurar y otros semejantes vocablos, con tal que se pudiese esperar que habrían de ser entendidos... Y a vuelta de todo esto no tendría por malo que se formasen algunos vocablos nuevos, y con nuevas figuras o términos de hablar, sacándose por arte de los latinos, como los latinos los sacaron de los griegos”.

En esta doctrina estética y social del crecimiento idiomático habrá de fincar el impulso argentino y americano para ampliar los horizontes del castellano, que es nuestra lengua nativa. Porque querer ensancharlo con elementos extranjeros a troche y moche es desear que el idioma pierda su índole y personalidad. Por esta razón todos los que sentimos la noble causa, hemos recibido con profunda satisfacción la directiva del mensaje de Plan de Gobierno que establece un vasto propósito de fomento y difusión de las normas para la conservación de la lengua, *“del idioma —dice el mensaje— que nos legó la Madre Patria y el conocimiento de los elementos de milenaria civilización que intervinieron en su formación, y el conocimiento también de sus deformaciones, a fin de poder mantener la pureza de la lengua, incluso en lo que tiene de evolución nacional...”*.

Este pensamiento de acción unitaria y saludable incluye una posición social en salvaguarda de nuestro sistema expresivo. Mantener la legitimidad de la lengua y procurar

GUION DE LECTURAS

Ana es superada con el hallazgo de Ada. Y la vejación de ésta por manos extrañas incita a la actitud decisiva. Mientras las multitudes y los trabajadores se encaminan animosos hacia el amanecer de sus aspiraciones y sus sueños, en una mañana cualquiera de labor Orlando ve pasar en un ómnibus a Ada que lo saluda con la mano en alto. Allá va la vida, su vida. Y apura el paso optimista. Así con ese toque preciso, finaliza una novela concebida con certidumbre, con sinceridad y con fervor argentino.

El prólogo ha sido escrito por el ministro de Trabajo y Previsión, don José María Freire, destacando las virtudes esenciales del libro y de su autor mediante un ajustado análisis de la obra. El periodista bahiense Miguel A. E. Bambill se encarga de presentar a Américo De Luca con recuerdos de vívida palpitación humana.

Jaime SUREDA



COMO UN CUCHILLO, COMO UNA FLOR, CO- MO ABSOLUTAMENTE NADA EN EL MUNDO

— Narraciones — por WILLIAM SAROYAN — Colección El Manantial que no Cesa — Barcelona.

NO sabemos hasta qué punto es lícito establecer un paralelo o una relación, así sea en forma primaria o tomada en un sentido muy general, entre las respectivas obras, o entre ciertos aspectos de la técnica y el contenido del arte narrativo de Katherine Mansfield y William Saroyan. A primera vista, todo parecería indicar una mutua repelencia o, por lo menos, una diferenciación tan ostensible, que nada podría reputarse más ajeno a un cuento de la autora de *Casa de Muñecas* que otro del escritor de *Mi nombre es Aram*. Sin embargo, por sobre cualesquiera diferencias o variaciones de vigor, de realismo y de poesía que se encuentren entre una y otro, parece advertirse algo co-

GUION DE LECTURAS

mún a ambos: una especie de desprecio por la *historia*, por la *fábula*, por la *intriga* o, como dice el propio Saroyan en uno de los cuentos incluídos en esta antología, por la tradicional regla de *exposición, nudo y desenlace*. Los dos escritores pintan la vida, nos muestran, describen o dicen cómo son sus personajes, sin una intención visible de *contar* algo, como si sus propósitos se limitasen a expresar momentos y cosas de la existencia, de una familia, de un ambiente o de una figura, pero sin hacer de ello una *historia* en el sentido clásico.

Quizá sea un poco difícil de ver o de establecer ese aspecto común a dos artistas de tan diferente calibración. Katherine Mansfield, tan hondamente penetrada en la vida, como que es el suyo un arte realista llevado a extremos pocas veces alcanzados o propuestos, aparece dotada de una levedad eminentemente poética, tiene una prosa que es como un fino cristal lleno de transparente delicadeza. Saroyan aparece más tosco, más gro-

sero, o si se prefiere, con más vigor. Se diría que está más colmado de realidad, o de realismo, pero nosotros creemos que, en verdad, el suyo es un realismo distinto, un realismo expresado de otra manera muy diferente, mas no de mayor intensidad o penetración.

"*Como un cuchillo, como una flor, como absolutamente nada en el mundo*" lo integran piezas de Saroyan extraídas de otros libros suyos, entre ellos *Nena Querida*, *Chiquillos* y *Mi nombre es Aram*, publicados anteriormente en castellano. La gente de estos cuentos es la mayoría de las veces una gente muy pintoresca, pero sobre todo llena de vitalidad, de vida, como que es gente sacada de un mundo viviente y verdadero. Saroyan lleva su sentido del realismo, y también su sentido dramático, a hacerlas hablar por sí mismas, en primera persona. Al parecer, nada encontramos aquí que pueda imaginarse como un alarde puramente literario: nada de adornos retóricos, meramente verbales. Pero tras esa prosa casi vulgar late un

GUION DE LECTURAS

mente que es mucho más amplio el campo de problemas abarcado por Plotino, pero sin duda ha elegido el autor los citados, así porque son centrales como porque son la más apropiada introducción para los tratados reunidos en este volumen.

No renunciamos a señalar el interés de las páginas dedicadas por el P. Quiles al estudio de la contemplación en Plotino, así en el prólogo, como en las respectivas notas introductorias a los tratados "*La naturaleza, la contemplación y el Uno*" y "*El Bien y lo Uno*" que son seguramente lo más inspirado escrito por Plotino y de lo más elevado a que logró ascender la filosofía pagana. En la filosofía de Plotino ocupa la contemplación un lugar central. Por la contemplación el Uno produce la Inteligencia, y ésta a su vez la multiplicidad de las ideas. Por la contemplación del sumo Bien produce también la Inteligencia el alma del mundo, y ésta las demás almas y las cosas materiales. Toda la inmensa actividad del universo se des-

arrolla en virtud de una armónica contemplación. Y por esto es la contemplación el camino que debe retomar el alma para volver a su primer principio. Entonces se produce la unión mística con el Uno, Dios, acto en que reside la suprema felicidad y perfección del hombre. Plotino describe la necesaria preparación ascética para esta unión con la divinidad, así como los caracteres del éxtasis místico, en fórmulas tan vivas, tan precisas y tan llenas de emoción espiritual, que los grandes místicos cristianos han utilizado su mismo vocabulario para describir sus propias experiencias. No parece posible dentro de la filosofía pagana llegar tan alto. He aquí, como muestra, un pasaje que parecería escrito por Santa Teresa o San Juan de la Cruz: "*Los que ignoran este estado, imaginen, por los amores de acá abajo, qué será encontrar el objeto más amado, y sepan que los amores de aquí son mortales, caducos, engañan y perecen y que no son en realidad amores ni constituyen nuestro bien, y no son lo que buscamos. Allá está*

GUION DE LECTURAS

ofrecen amplio material para esta ilustración. En el primero de los sonetos que abren este libro escribe el autor:

*Lugones dijo: "Sabe hacer sonetos".
La gente dice: "No es un mal amigo".
Y yo, pensando en tales voces, digo
que sólo soy un hombre sin secretos...*

Creemos que esta estrofa —por más que se trate de una cuarteta perfectamente medida y aconsonantada— es *prosa pura*. No ofrece ningún *interés poético*; a nadie interesa, en efecto, que el gran poeta argentino —maestro de versificadores, sí, pero también poeta maestro...— haya dicho, alguna vez, que el señor Salvador Merlino "*sabe hacer sonetos*"... Igualmente, todo el resto de este soneto es por completo *prosa*, y de la menos estilizada, por cierto: esa simple prosa con la que se redacta un aviso periodístico; una carta, un trámite burocrático, una simple conversación en *lengua hablada*:

*Compuse libros —más de diez— dis-
[cretos,
y en la tarea sin desmayo sigo...*

¿Es esto *poesía*? Relacionando estos supuestos versos —*supuestos*, ya que ellos son endecasílabos, sin duda...— con lo que afirma la prologuista acerca de sus preferencias por "*el esfuerzo del entendimiento que procura dilucidar y encontrarles nombre exacto a los movimientos oscuros del mundo interior...*", diríamos que en los fragmentos anotados no encontramos huellas de tal esfuerzo. Sólo hallamos el esfuerzo que hace el autor por encontrarle *consonante* a términos que no los tienen, por lo menos dentro de un texto que pretendía ser medianamente *poético*:

*Burlando el linde del patio y la alberca
la flor del agua sus flores acerca
en el castillo del bagre y la perca...*

Nace, así, *el ripio*, ese terrible enemigo de la *poesía*, y al que se llega, fatalmente, cuando la carencia de inspiración —que permite al poeta construir como un todo orgánico y necesario la estrofa, incluso su rima misma...— pretende ser suplida con la paciente bús-

GUION DE LECTURAS

queda del consonante en los diccionarios correspondientes de la rima...

¿Qué diferencia existe, por ejemplo, entre la construcción de esta estrofa que transcribimos a continuación y la misma técnica prosaísta que guía la confección de una nota policial?:

*disimulando su fin torcido,
para que el hombre no empuñe el arma
y darle muerte, después, dormido...*

La prologuista afirma, en el introito, que "*le aburre profundamente ese tipo de producción poética que jamás halaga al oído*". Pero, ¿no resulta más *aburridor* el tipo de *poesía* que lo confía todo a consonante y métrica, creyendo que cumplidos estos mínimos requisitos constructivos, ya se ha cumplido con el arte?

Leemos los poemas de *Color y Forma* y descubrimos una preponderancia de la segunda calidad sobre la primera... Y, aparte de que son estas categorías más pic-

tóricas que poéticas, nos queda, al final de la lectura, un gran vacío emocional e intelectual. Formalmente, tampoco hemos aprendido nada nuevo, pues ya sabíamos lo que era soneto y lo que era un terceto. Y por más que la prologuista afirme que por el sólo hecho de complementárselos "*con el añadido armonioso del ritmo*", "*los conceptos de un poema tienen fatalmente que ganar en emoción*", confesamos que no nos hemos emocionado. Prueba final de lo errado de las opiniones de aquélla, vertidas en un prefacio que titula *Carta sobre la poesía* y cuyo sentido oculto no consiste, quizá, más que en la justificación de una propia concepción del arte. Compartida, al parecer, con el autor, según se advierte no sólo por las mutuas *dedicatorias*, sino también por la lectura de las composiciones de Salvador Merlino, en esta su última obra, y de los propios poemas de la prologuista.

Alberto PONCE DE LEON

mentales indicados en el título de la selección. Les precede el pequeño tratado sobre la Dialéctica, la cual para Plotino, como para Platón y los neoplatónicos, se adentra en el corazón mismo de la metafísica. La traducción está hecha directamente sobre el texto griego, y por un filósofo familiarizado con los problemas de la metafísica y de la historia de la filosofía lo que le da un particular valor, no sólo como segura información sino también para un trabajo científico.

En extensa y apretada introducción ha tenido el P. Quiles la buena idea de aprovechar la *Biografía de Plotino*, escrita por su discípulo Porfirio. Esto pone al alcance de los lectores información de primera mano sobre la persona, las enseñanzas y los escritos de Plotino, que es la mejor guía para su lectura.

Plotino se inspira fundamentalmente en sus predecesores griegos. Elementos de Aristóteles, principalmente, además de los estoicos y los pitagóricos, se encuentran

frecuentemente en *Las Enéadas*, como sillares útiles del sistema o como elementos de inspiración. Pero es indudable que su espíritu lo ha heredado de la escuela platónica. La misma tensión espiritual, la misma sublime elevación de pensamiento y de estilo, en fin, la misma visión central del universo. Pero a la tradición platónica ha agregado Plotino una marcada inspiración mística, recibida directamente del simbolismo de las religiones orientales.

De todos estos elementos, ha formado Plotino una síntesis vívida y original.

En breves capítulos describe el P. Quiles el proceso de la emanación que, según Plotino, ha dado origen al universo: la existencia del Uno simplísimo e inmutable, que es la fuente primera de todo ser, de todo bien, de toda perfección; la producción de la Inteligencia; del alma del mundo; y en fin de las almas humanas. Trata luego de los problemas generales de la contemplación, de la belleza, del mal y de la providencia. Evidente-

*Yo no soy cantor letrao,
mas si me pongo a cantar
no tengo como acabar
y me envejezco cantando:
las coplas me van brotando
como agua de manantial...*

Como agua de manantial sigue hablando el hombre del pueblo en toda la latitud del idioma: sentenciosa y alegremente, clara y sugestivamente.

El derecho de conservar o empobrecer el idioma, dentro de la unidad familiar, tiene a veces caracteres sentimentales de reproche:

"Creo —expresaba Amado Nervo— *que no merecemos la fama de mal hablar que se nos sigue por todas partes a los americanos, ni es justa siempre la buena Madre Patria, tan hospitalaria y generosa de suyo, negándonos todo derecho en lo que va al idioma. La evolución de éste en América —evolución buena o mala, no la discuto— es un hecho. Nuestra lengua, tan bella, tan expresiva, tan augusta está amenazada gravemente. El ilustre Cuervo opina que acabará por diversificarse en varios dialectos. Hay países en América donde le han puesto de tal suerte, a fuerza de desfiguros, que no la conoce nadie y cualquier día va acontecernos que... hablamos el mexicano o el argentino o el chileno creyendo que hablamos el castellano*". Los pronósticos del filólogo y del poeta ya no caben aplicados a la lengua española en América. Cada día la unidad se forti-

GUION DE LECTURAS

arrugadas y marchitas. En un *Corpus poetarum latinorum*, la obra de Lucrecio, el más grande de los poetas latinos para mi gusto, se reduce a no muchas hojas. Y si de esas no muchas hojas podamos las que sólo son seca exposición del sistema de Epicuro, nos quedan tan pocas como para pensar que la poesía es más peligrosa de lo que parece a los novatos. Que es un arte strictísimo. De suprema síntesis. Un arte para desentrañar mundos de cada línea. Y el tiempo es terrible con la poesía. En lugar de añadir, poda lo existente en un afán de lograr, por encima de escuelas y de épocas, una cálida identificación con el hombre de siempre.

Por eso está bien que esta admirable obra venga ya sintetizada. Es como una "*Comedia humana*" o como "*Les fleurs du mal*", pero al revés. Es decir, la multiplicidad y la repetición de personajes de la novela y el teatro y los símbolos o las ocasiones inmediatas de Baudelaire y de casi toda la poesía lírica, todo esto, invertido. Lo que se ex-

playa y fragmenta, aquí está condensado y metido como el genio en la botella. Claro que lo curioso sería averiguar qué harán nuestros lectores de poesía, si los hay, con semejante botella.

Toda la obra son seis poemas de noventa versos cada uno, otro poema más breve de punto final, una mirada retrospectiva sobre toda su obra y un hermoso prólogo que le va muy bien al libro como epílogo también, ya que por su emocionada confesión sabemos que el primitivo epílogo fué destruído.

Los poemas son: *Natura*, *Amor*, *Solitud*, *Homo*, *Urbe* y *Mors*. Y en ellos seis con más el prólogo, está la historia comprimida del ser humano, la misteriosa "caña pensante", el abismo amoroso y desesperado de las contradicciones. Que ama a la naturaleza, pero que, aherrrojado por ella también la odia. Que tiene urgencia de soledad para madurar sus potencias, pero que en la soledad se siente vacío y azotado como la criatura abandonada. Que para escapar de la soledad, de la gran soledad, la muerte,

GUION DE LECTURAS

construye la urbe con un apresurado amor, pero la piedra de la ciudad le muestra su espantosa sustancia de necrópolis. Que ama con la ilusión del hombre nuevo, pero en cada momento entregado e inocente, Adán y Eva le muestran su asimétrico rostro incomprendiblemente actual. Y este ser humano, entonces, de la mujer al hombre y de la mujer a sí misma, por los dos, volviendo a la primera síntesis, del género a la especie, lanza el terrible apóstrofe de "*Homo*":

Emperador leproso, lábaro prostituido
[no justificado protagonista
te contemplo con absortos astros, con
[atónitos mares, con azorados mundos.

Pero también se sale del laberinto, y aquella angustia del alma antigua puede transfigurarse en la redención de todas las cosas, *apokatástasis ton pantón*, del prólogo-epílogo.

Claro que todo esto está escrito en clave. Pero en una clave transparente para el corazón henchido de humanidad. Y en una clave poé-

tica que es simbólica pero no simbolista en el sentido de la escuela, o mejor es simbolística, como en esencia siempre es la poesía, que pretende desentrañar en menudo o en grande el misterio íntimo y el circundante.

Y hasta aquí no es el hallazgo sino la catarsis. Es decir, el hallazgo está en meter todo esto en un idioma primigenio y burilado al mismo tiempo, y en dar con un gran metro, que más que una versión silábica del hexámetro latino, es una creación castellana llena de majestad. Es el eicosílabo y más del eicosílabo que también usó en "*Los cíclopes*". Pero aquí uniformemente mantenido y realzado por la música casi imperceptible de los asonantes en un verso largo y pleno.

Cuando lo acorta como en:

No sabrás quizás que para el grande la
[luz tiene que ser amarga,

inmediatamente se desborda en el verso que sigue con un ritmo semejante al del flujo y reflujo de la ola:

A. Herrero Mayor

“Llamo vulgo, no solamente a los que llevan ropas vulgares, sino también a los que las lucen preciosas; porque no miro yo los colores de que se cubren los cuerpos, ni para juzgar del hombre tampoco doy crédito a los ojos; tengo otra luz mejor y más segura con qué discernir lo falso de lo verdadero”.

LEGITIMIDAD Y DISCRECIÓN DE LA LENGUA

NO sólo, en verdad, ha de juzgarse vulgar el lenguaje sin gramática, hay también vulgaridad en el atildamiento excesivo del hablar cursi, practicado por los que confunden el decoro de expresivo con la manía preciosista del habla difícil. Entre los dos extremos cabe, naturalmente, la llaneza popular, alimento dicente del pueblo, que siempre tiene a flor de labio la buena y colorida palabra con que comunicar ideas y sentimientos. Por eso, la ecuanimidad lingual tiene su centro de equilibrio en la masa popular, en la conciencia de madurez expresiva con su discreción ciudadana, que es la mejor gramática del sentimiento, con sus sentencias y aforismos certeros y afectivos siempre. No sólo saben hablar bien los hombres cultos, pues como payaba Fierro:

~ 104

ESTE NUMERO
se publicó siendo Gobernador
de la Provincia el
Coronel Domingo A. Mercante,
y Ministro de Educación el
Doctor Julio César Avanza.
Terminóse de imprimir
el 29 de octubre de 1951,
bajo la dirección de la División
Publicaciones
del Ministerio de Educación,
en los talleres gráficos de
J. Héctor Matera,
Lavalle 1653, Buenos Aires.